

DELICATAMENTE IMPRINTATA

la conquista del



EL CEREBRO

SILVER KANE

CIENCIA FICCION



EN LA CUBIERTA DEL 1999, LA CUBIERTA DEL 1999

la conquista del

ESPACIO

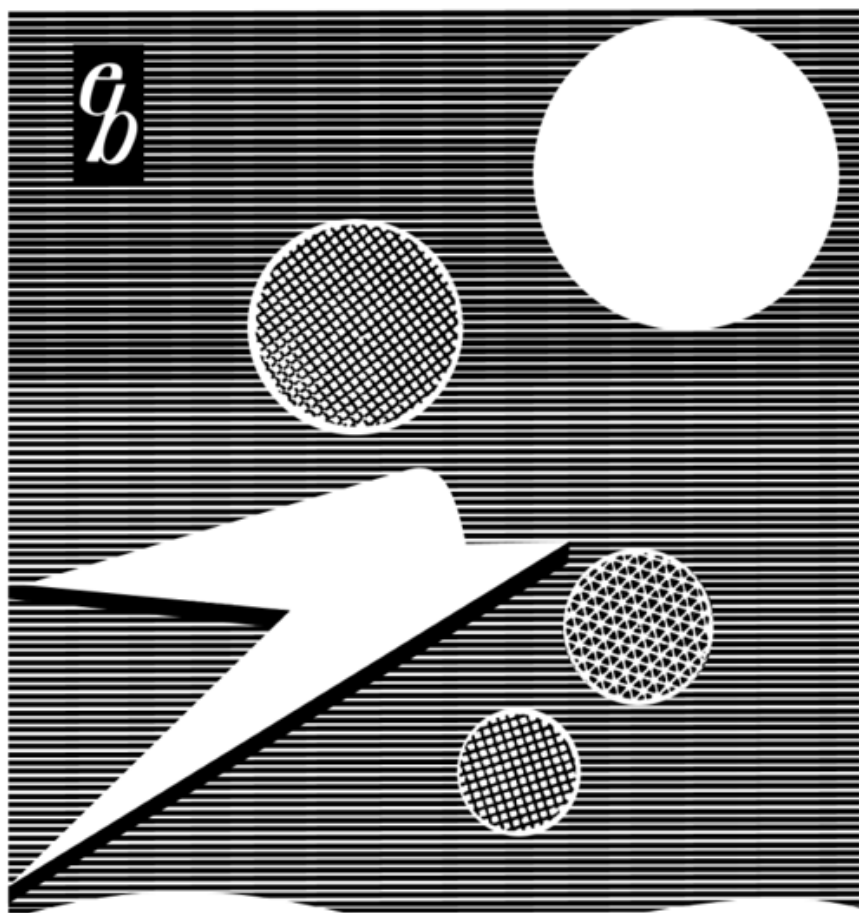
EL CEREBRO

SILVER KANE

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

174. — Mutación. *Curtis Garland.*
175. — Hombres - L. *Glenn Parrish.*
176. — El planeta de los arboles vivientes. *Jeff Chandley.*
177. — Las espadas del cosmos. *Curtis Garland.*
178. — La nueva raza. *Marcus Sidéreo.*

Silver Kane

EL CEREBRO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
179



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS – MEXICO**

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Conversion of WMF images is not supported

Use Microsoft Word or OpenOffice to save this RTF file as HTML and convert that in calibre.



calibre 1.48.0

1ª edición 1974

© Silver Kane – 1974

texto

© Alberto Pujolar - 1974

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva. 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPITULO PRIMERO

—Fue horrible —musitó Margaret Higgins—. Nunca más volveré a entrar en un sitio así.

Tomó distraídamente un cigarrillo entre sus dedos y añadió:

—Era algo especial, algo que no sé explicar. Como dejar este mundo y entrar en otro. Como si de repente una se pusiera a vivir despierta una espantosa pesadilla.

Encendió el cigarro y cruzó las piernas.

Pese a estas palabras, Margaret Higgins no sugería ninguna idea de miedo, de terror, de pesadilla. No. Todo contrario.

El redactor jefe de *Today*, la revista en que ella trabajaba, entró y fingió leer unas galeradas, pero en realidad observaba de reojo las piernas de la muchacha.

Margaret suspiró:

—Son nuevas —dijo.

El redactor jefe levantó la cabeza.

— ¿Son nuevas? ¿El qué?

—Las medias.

—Ah, no me había dado cuenta. En fin... ¿Hizo ese reportaje sobre los experimentos del doctor Finger?

—Precisamente estaba hablando de ello con Bob.

Bob, el taquígrafo de la revista, mostró unas cuartillas llenas de apuntes hechos con letra nerviosa.

—Me decía que era horrible. Que no volvería nunca más a un sitio así.

— ¿Por qué?

—Usted no puede imaginarse lo que es aquello, Connor —dijo Margaret.

— ¿Siniestro?

—Algo que no sé ni explicarle.

—Pues no lo entiendo. El doctor Finger no tiene instalado un laboratorio en un castillo de la Edad Media, sino todo lo contrario. Lo

tiene instalado en un sitio muy moderno y muy funcional. Es incluso un laboratorio elegante.

Margaret Higgins afirmó con la cabeza.

—Eso no lo niego, pero suceden cosas horribles.

— ¿Qué cosas?

—Usted ya conoce la teoría del doctor Finger; él cree que el cerebro de un muerto puede seguir viviendo.

— ¿Y eso es horrible?

— ¿A usted no se lo parece? ¿No es estremecedor que un cadáver pueda seguir pensando y quizá transmitiendo órdenes a los demás? ¿Recordando, amando y odiando como si estuviera vivo?

Connor chascó los dedos.

—Cuanto más horrible, más interesa a la gente. Es un gran reportaje para la revista. ¿Lo tiene terminado?

—No.

— ¿Por qué no? ¿Acaso no se da cuenta de que eso es un fallo, Margaret? ¿Cree que para triunfar en esta profesión basta con tener bonitas piernas y estrenar medias?

—El doctor Finger quería ordenar un poco sus notas antes de dar respuesta a mis preguntas. He hecho sólo una parte del reportaje; dentro de dos días he de volver — susurró Margaret.

Y añadió rápidamente:

—Pero no me gustaría.

—Entonces, ¿qué quiere que haga? ¿Que envíe a Larsen?

En aquel momento se abrió la gran puerta de cristales de la redacción, y entró un hombre.

Era uno de esos tipos que llaman la atención en cualquier parte, especialmente a las mujeres.

Con su metro noventa de estatura, sus poderosos músculos y su planta atlética, Larsen había sido campeón universitario de boxeo y

medalla de plata en las últimas olimpiadas hasta que, en vez de pasar al profesionalismo como todo el mundo creía, colgó los guantes para entrar al servicio de la CIA, al poderoso organismo que dirige el espionaje y el contraespionaje en Estados Unidos, y que en opinión de algunos dirige algo más; en realidad toda la política exterior del país. Según esta teoría, el presidente Nixon sería un hombre de voluntad más bien débil, prisionero de los militares del Pentágono y de la *Central Intelligence Agency*.

¿Verdad o no? Eso no lo saben con certeza más que unas pocas personas en el mundo.

Muchas veces le habían hecho al joven la misma pregunta:

— ¿Por qué le expulsaron de la CIA, Larsen?

Y Larsen se limitaba a sonreír. Nunca daba una respuesta.

Pero lo cierto es que desde entonces bebía mucho. Bebía demasiado, en opinión de sus jefes.

Por eso, en periodismo, pocas cosas solían encargársele, aparte de las crónicas de boxeo. Larsen era el ejemplar típico de hombre que pudo llegar a ser alguien y llevaba camino de no ser nada. O quizá menos que nada; una piltrafa humana.

Connor repitió:

— ¿Qué quiere? ¿Que envíe a Larsen?

El joven se dejó caer en una silla giratoria.

— ¿Hablaban de mí? Connor ni le miró.

—Hablabamos en broma. ¿Traes las crónicas?

—Ujú.

—A ver si son más interesantes que las de la semana pasada.

—Hago lo que puedo. Los combates no daban para más.

—Cuando un suceso no tiene demasiado interés, un verdadero periodista sabe arreglarlo para que lo tenga —murmuró Connor—. Pero tú sólo tienes escaparate, Larsen. Por ahora. En la tienda no guardas nada, ni un alfiler. Sólo escaparate y fachada. Cuídalo mientras puedas.

Larsen no contestó.

Se quedó quieto mirando las piernas de Margaret, que ella había cruzado otra vez. Pero Margaret estaba segura de que ni siquiera las veía.

Murmuró con voz débil:

—La teoría del doctor Finger parece sencilla: manteniendo un cadáver en un ambiente constantemente helado, no se corrompe. Y alimentando el cerebro con riego sanguíneo artificial, corrientes eléctricas y sustancias nutritivas como el ácido glutámico, ese cerebro sigue pensando y viviendo a todos los efectos. Sus reacciones pueden ser estudiadas por medio de un encefalograma que las va dibujando en una tira de papel, de un modo parecido a los sismógrafos que señalan las intensidades de los terremotos.

Todo eso puede ser muy científico, pero a mí me ha parecido sencillamente horrible.

El taquígrafo murmuró:

—Piensa en lo que representaría conservar en plena actividad el cerebro de hombres ilustres. Que por ejemplo, el pensamiento del matemático Einstein siguiera trabajando. Y que ahora pudiera colaborar con el matemático ruso Sedov. ¡Sería formidable!

—A mí más bien me da miedo —confesó Margaret.

—Porque tú eres una chiquilla.

La muchacha se encogió de hombros.

—Esos reportajes no me van. Debería haberlos hecho Priesley, pero es una lástima que esté de vacaciones.

Connor, el redactor jefe, encendió un cigarro a su vez.

—Al menos habrás hecho el de Stella Finney.

—Sí, ese lo he terminado.

Se puso en pie y dio unos pasos por la redacción, notando instintivamente que los ojos de los tres hombres se posaban en el suave balanceo de sus caderas.

—Y es un reportaje que me gusta —dijo—. Una historia dulce y

romántica. Eso es lo que me va.

— ¿Es cierto eso que cuentan del apasionado amor de Stella Finney y de Laurence Roy?

—Ya leerás mi reportaje.

—Dicen que son algo así como Romeo y Julieta ¿Es eso cierto?

—En efecto. No es exageración —murmuró Margaret—. Ella, Stella Finney, en pleno éxito como una de las bailarinas más cotizadas del mundo, lo deja todo para casarse con un profesor universitario más bien oscuro y desconocido, al que amaba desde los quince años. Laurence Roy, el profesor que ya estaba a punto de convertirse en catedrático, abandona unas oposiciones que iba a ganar, con tal de casarse con Stella Finney, a la que amaba desde que él tenía diecisiete años. Durante lustros enteros apenas han dejado de escribirse un día. Ha sido como la llama del amor eterno, algo que demuestra que las cosas bellas aún no han muerto en nuestro mundo. Sí... Un reportaje que de verdad me ha gustado hacer —terminó Margaret.

Se volvió bruscamente y dijo:

—Pero he descubierto algo más. Pese a ser ya una figura mundial, Stella Finney empezó a bailar hace sólo cuatro años. ¿Sabéis que era antes?

—Pues... no.

—Estudiaba física electrónica. Y era ayudante del doctor Finger. Connor alzó la cabeza.

—Diablo, eso es algo muy interesante. ¿Y hubo alguna razón especial para que dejara su empleo?

—Claro que sí. Ella odia al doctor Finger con toda su alma.

— ¿Por qué?

—Trató de propasarse varias veces. Lástima que no pueda publicarlo.

—Si lo insinuaras... A la gente le interesan esas cosas.

—Es difícil. Finger podría demandarnos por difamación.

—Tal vez un par de frases bien estudiadas...

—Trataré de hacerlo.

Margaret se acercó a la puerta y puso la mano derecha en el pomo.

—Mañana traeré ese reportaje, Connor... ¡Ah! Y concretaré la segunda entrevista con el doctor Finger, aunque no me hace ninguna gracia. Él está cada vez más desesperado.

— ¿Por qué?

—Porque no encuentra a nadie que quiera someterse al experimento. No encuentra a nadie que quiera morir para ver si su cerebro sigue viviendo. ¿Le parece poco?

Y cerró lentamente la puerta a su espalda.

Los titulares de algunos periódicos de la mañana habían sido:

HOY, BODA DE ROMEO Y JULIETA

SIGLO XX

Otros no habían titulado la noticia de un modo tan llamativo, pero todos la mencionaban. En efecto, la boda de Stella Finney era algo que merecía al menos una columna en cualquier periódico del país. Y además, envuelta en aquella historia tan romántica.

Su novio, el profesor Laurence Roy, no llamaba la atención tanto como ella. En efecto, hasta entonces había sido un hombre oscuro, dedicado a la enseñanza, que alternaba con largos viajes a Oriente.

Pero de pronto, a los treinta años, pasaba al primer plano de la actualidad nacional.

La catedral de San Patricio, donde se celebraba la boda, estaba llena a rebosar. Ya se sabe que nuestro mundo actual es prosaico y triste, y que necesitamos rodearnos de cosas que nos endulcen un poco la vida, o que al menos nos hagan soñar. Y una pareja que lo abandona todo de repente para pensar en su amor —un amor apasionadamente mantenido durante años— es algo que hace soñar a millones de personas, sobre todo en una ciudad como Nueva York, donde la vida de cada día está tan materializada.

Por eso la catedral estaba llena. Y por eso la emoción brillaba en muchos ojos, sobre todo de mujeres.

Cuando los recién casados salieron, las cámaras de televisión estaban ya instaladas ante la puerta.

Fue así como millones de norteamericanos pudieron ver a Stella Finney más hermosa y juvenil que nunca, envuelta en sus tules blancos y en su velo ilusión. Y un Laurence Roy alto, esbelto, vestido con un elegante chaqué que le daba aspecto de banquero más que de profesor de universidad.

El periodista les hizo unas cuantas preguntas ante las cámaras, acercándoles al micro. Preguntas que se referían a los años que habían sido novios, a sus ilusiones, a sus dificultades para llegar a este momento feliz. Los dos contestaron con desenvoltura y hasta con gracia, provocando la risa de algunos espectadores.

Luego, el periodista les interrogó acerca de por qué habían dejado sus actividades, pensando sólo en su amor.

—Usted, Stella Finney, era una cotizadísima estrella de ballet, y de repente ha decidido dejar los escenarios. ¿Por qué?

—La respuesta es sencilla. Porque quiero a Laurence.

Luego las cámaras enfocaron al hombre.

—Usted, Laurence Roy, estaba a punto de convertirse en uno de los más jóvenes catedráticos del país. De repente deja las oposiciones y pierde su oportunidad. ¿Por qué?

—La respuesta es sencilla: porque amo a Stella.

Más de una telespectadora, a centenares de millas de allí, debió secarse furtivamente una lágrima.

— ¿Dónde piensan pasar su luna de miel?

—Es un secreto. Lo cierto es que durante algunos meses nadie nos verá y nadie oirá hablar de nosotros.

—Una última pregunta: ¿Tiene usted alguna manía, Stella?

—Pensar en mi marido.

Se oyeron algunas risas junto a las cámaras.

—Y usted, Laurence, ¿tiene alguna manía? Laurence Roy sonrió.

—Si dijese que pensar en ella, quizá cometería una falta de originalidad. Tengo otras manías, además de querer a mi esposa. Fundamentalmente son tres: me gusta hacer solitarios, comenzando siempre con un as de corazones, me gusta jugar al ajedrez, saliendo siempre con el peón de la derecha, y me gusta escuchar la música de Debussy.

— ¿No ha sentido nunca la manía de irse a pelear al Vietnam?

—Dios me libre.

Se oyeron nuevas risas, y la retransmisión fue cortada para dar paso a un espacio publicitario.

La joven pareja tuvo trabajo para llegar hasta el coche, que esperaba frente al

Rockefeller Center. Una vez allí mientras arrancaban, se fundieron en un estrecho abrazo.

El conductor volvió la cabeza para mirarlos con curiosidad.

Al cabo de un largo rato, Laurence desvió la cabeza para preguntarle:

— ¿Qué ocurre? ¿No ha visto nunca a una pareja de recién casados?

—Sí. Pero lo que no he visto es a dos tipos que estuvieran tanto tiempo así sin asfixiarse...

Mientras rodaban a poca velocidad por Riverside Drive, Laurence preguntó:

—Hay algo que, aunque parezca mentira, aún hemos de concretar, Stella. ¿Qué has decidido sobre nuestro viaje de bodas? Todo el mundo cree que vamos a desaparecer durante algún tiempo.

—Y, en efecto, así será.

—Pero, ¿dónde iremos?

—Es mi pequeño secreto.

—Podrías contármelo, ¿no? Ya sobran los secretos entre los dos —dijo Laurence, riendo.

—Iremos a una isla desierta.

—Pero, ¿aún quedan islas desiertas en el mundo?

—Y no lejos de aquí. Laurence volvió a reír.

—Tienes ganas de bromear, Stella.

—No lo creas.

— ¿Y en qué iremos?

—He contratado una avioneta.

Ahora los dos se habían cambiado y llevaban sus maletas con lo necesario para un largo viaje de novios. El chófer que los llevaba en el lujoso Oldsmobile de alquiler, miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor y sentía envidia de Laurence.

Él nunca poseería a una mujer como aquella... Stella hizo de pronto un gesto.

—Déjenos aquí.

— ¿Aquí?

Estaban ante la parte alta de Riverside Drive, cerca de la tumba del general Grand.

El lugar en el que se detuvieron era una casa de un solo piso, bien cuidada. No se advertía en ella, ni en el jardín que la rodeaba, el menor signo de vida.

— ¿Qué tenemos que hacer aquí? —murmuró Laurence.

—Esto forma parte de nuestro viaje de novios.

—Eres una mujer misteriosa, Stella. Te conozco de toda la vida y, sin embargo, a veces tengo la sensación de que no te he visto nunca.

—Los seres humanos somos insondables —dijo ella por toda respuesta. Descendieron, dieron al chófer una generosa propina y le pidieron que llevara los equipajes a la consigna de la estación Grand Central.

Luego entraron en la casa, empleando un llavín que Stella llevaba en su bolso.

—Te gustará —dijo a Laurence—. Nadie podrá imaginar que estamos aquí.

— ¿Es que esto es la isla desierta?

—Algo parecido.

Laurence Roy miraba el living. Una habitación amplia, suntuosa, con muebles ultramodernos.

—Me gusta.

Ella alzó la cabeza.

—Laurence...

— ¿Qué, querida?

— ¿Eres feliz?

—Claro que sí, Stella. Muy feliz.

— ¿Odias a alguien?

—Tengo motivos para detestar a tres hombres, pero en este momento prefiero no pensar en ellos. ¿Y tú, Stella? ¿Odias a alguien?

—Al doctor Finger. Ese condenado cochino que pensó que yo...

—No lo recuerdes.

Y el rostro de Laurence Roy se inclinó sobre el de Stella Finney. Y sus labios se unieron a los de la mujer.

Fue un beso largo, apasionado. Un beso delicioso.

Lástima que terminó pronto.

Terminó cuando aquella cosa contundente se clavó en la nuca de Laurence Roy, haciéndole ver todas las estrellas del universo.

Entre Stella y el otro hombre transportaron el cuerpo del caído. Había sido un poco pesado llevarlo hasta allí, porque Laurence Roy era un hombre robusto y, por lo tanto, con unas cuantas libras de hueso y músculo encima. Pero ahora ya no resultaba pesado. Ahora avanzaban entre la más completa oscuridad, oyendo aquella especie de siseo metálico bajo sus pies.

Llevaban así casi veinte minutos.

La oscuridad que les envolvía era tan intensa que se iba haciendo angustiosa. Sólo aquella especie de siseo bajo sus pies. Sólo aquello.

Y de pronto, la luz.

Estaban en una gran sala donde había numerosos aparatos, correspondientes todos ellos a un laboratorio electrónico. Moderno, funcional, perfecto, aquel lugar tenía, sin embargo, algo que no se sabía qué era y que llegaba a helar la sangre en las venas.

Para que nada faltase, una chispa saltaba casi constantemente de una bola positiva a otra negativa, pero sin causar ruido. Era la primera

vez que Stella veía una descarga eléctrica silenciosa, como si estuviera contemplándolo todo en un sueño.

Laurence Roy empezaba a reanimarse. El cloroformo aplicado sobre su nariz durante el trayecto hasta allí, dejaba de producir sus efectos.

El doctor Finger lo miró fijamente.

Sin una vacilación, sin un titubeo, clavó una larga aguja en su corazón, atravesando la ropa y luego conectó a ella una ampolla con un líquido blanco.

Todo el cuerpo de Laurence Roy se estremeció brutalmente, y sus músculos se tensaron como si de un momento a otro fuera a saltar por los aires.

Luego quedó quieto, muy quieto, como un cadáver. Pero con los ojos espantosamente abiertos.

El doctor Finger murmuró:

—Pronto. A la cámara.

La cámara consistía en un ataúd colocado verticalmente, fabricado con cristal especial, y que estaba conectado a un sistema frigorífico y de vacío de excepcional potencia. La temperatura constante que se podía obtener en el interior era de 40° C bajo cero.

El cuerpo fue colocado allí verticalmente. Un suave runruneo indicó que la refrigeración empezaba a funcionar.

—Esta es la primera fase —dijo el doctor Finger. Dentro de poco estará a la temperatura adecuada y habrá muerto por congelación. Entonces llegará el momento de hacer el resto.

Dirigió la mirada hacia Stella y ésta cayó en sus brazos. Se besaron largamente, intensamente.

Al fin fue Stella la que se apartó con lentitud, mientras susurraba con un escalofrío:

—Es extraño, parece como si nos estuviera mirando.

CAPITULO II

El doctor Finger arqueó una ceja mientras examinaba con enorme atención los indicadores y controles, todos ellos conectados con la urna de cristal donde estaba encerrado Laurence.

Finger, de cuarenta y cinco años de edad, era un hombre bien conservado, robusto, que había hecho ejercicio toda su vida y al que su aspecto típicamente germano, militar, daba un cierto aire juvenil.

Sus dedos se movían nerviosamente sobre el gran tablero donde estaban conectados los controles.

Tres de ellos llamaban de un modo especial su atención.

Uno indicaba la temperatura y presión dentro de la cabina. Otro la frecuencia y regularidad de los latidos del corazón de Laurence; el tercero registraba las ondas eléctricas que despedía el cerebro de éste, y que eran exactamente iguales a las ondas despedidas por el cerebro de una persona normal, viva, como las que se registran en los encefalogramas.

—La temperatura se mantiene perfecta —murmuró—. Pero parece mentira lo que resiste.

El hombre que estaba a su lado murmuró:

— ¿Conecto ya el riego sanguíneo?

—Espera.

Finger miró a aquel hombre con atención y con un poco de desprecio. Su ayudante, Yoshivara, era un joven japonés. Experto fotógrafo, pudo haber alcanzado dinero y fama en su país, pero aquí en Estados Unidos siempre sería un hombre de otra raza. Había visto cómo las páginas de las grandes revistas se cerraban para él, y eso, a veces, provocaba destellos histéricos en su carácter.

Yoshivara se dio cuenta de que estaba sometido a aquella observación. Miró hacia otro sitio.

El registrador de los latidos del corazón de Laurence Roy presentaba cada vez más irregularidades. El corazón tenía fallos muy notables, fallos trágicos que presagiaban su muerte.

Ése era el momento que con tanta ansiedad parecía esperar el doctor Fingen. Muerte por congelación. Una muerte lenta, limpia, perfectamente aséptica. Su rostro reflejaba una tensión extrema. Parecía el rostro de los hombres que controlan la cuenta atrás en los últimos instantes de un lanzamiento espacial o una prueba atómica.

De pronto, el control dejó de transmitir latidos.

El corazón acababa de pararse. Se acababa de producir también lo que los médicos denominan ahora «una muerte técnica».

La verdadera muerte, la muerte orgánica, se hace esperar todavía unos minutos.

El fin de un hombre se inicia realmente cuando su cerebro es afectado por la falta de riego sanguíneo. Un corazón parado puede reanimarse, y su dueño volver a la vida. Pero jamás vuelve a la vida cuando su cerebro ha empezado a sufrir desperfectos.

El plazo entre la muerte técnica y el principio de la muerte orgánica es muy difícil de determinar. Pero generalmente entre cinco y ocho minutos separan una de la otra.

Finger ordenó:

—Riego sanguíneo.

Una verdadera maraña de electrodos cubría el cerebro de Laurence Roy, técnicamente muerto. Junto a los electrodos una verdadera red de distribución sanguínea llegaba a los puntos vitales de

su cerebro, que había sido escarpado hábilmente por el propio Finger.

La aguja que registraba la actividad cerebral seguía funcionando. No se había alterado en lo más mínimo después de la muerte técnica.

Ahora venía el momento decisivo para Finger. ¿Ocurriría lo mismo diez minutos después? ¿Seguiría viviendo el cerebro aún después de la muerte absoluta del resto del cuerpo?

Diríase que a Finger también se le había paralizado el corazón. Parecía una estatua.

Con todos los sentidos en tensión, controlada controlaba los segundos, las décimas de segundo.

Diez minutos... doce... ¡quince!

El cerebro seguía viviendo. Seguía funcionando.

Diríase que su actividad era incluso más fuerte aún que antes de producirse la muerte técnica.

Por primera vez, un muerto pensaba, amaba, odiaba, y podía comunicarse con el mundo exterior por medio de la aguja del encefalógrafo.

Yoshivara tenía los ojos clavados en el cuerpo inmóvil. Diríase que estaba hipnotizado por él.

— ¿Este hombre sigue amando a los que amó y odiando a los que odió? — preguntó con voz tensa.

—En efecto. Y recuerda. Y piensa.

— ¿Y piensa también en nosotros?

Finger rió quedamente.

—Claro que sí. Pero ignoro de qué modo. Quizá en este momento esté maquinando un medio para matarnos. Pero lo malo para él es que no puede.

CAPITULO III

El avión «Boeing» 707 se posó en las pistas del aeropuerto Kennedy. Fue un aterrizaje perfecto, que lo pasajeros apenas notaron.

Los reactores se detuvieron con un agudo pitido final, cuando el gigantesco aparato hubo llegado al límite de su trayecto, en la pista de estacionamiento.

Los pasajeros descendieron. En aquel momento altavoces anunciaban el final de su vuelo, un largo trayecto que había cubierto Tokio, Manila, islas Hawái, San

Francisco, Phoenix y ahora Nueva York.

Algunos viajeros tenían aspecto de cansados. Son millones los hombres que sueñan con un viaje así, tan maravilloso pero la verdad es que los viajes maravillosos también le dejan a uno reventado. Como a aquel individuo llamado Arnold, que procedía del Japón y que arrastraba los pies llevando en la derecha su maletín de cuero.

Los equipajes fueron transportados hasta la aduana. Arnold, de cincuenta años de edad, buena salud y aspecto de infatigable trotamundos, señaló su maleta.

—Esa

El agente lo miró.

— ¿Algo que declarar?

—Nada.

—Abra, por favor. Arnold lo hizo.

—Todo correcto —dijo el funcionario, después de examinar someramente el contenido—. Gracias.

Arnold cerró y se dispuso a retirarse.

—Su maletín también, por favor.

— ¿También?

—Debe ser controlado igualmente. Tenga la bondad de abrirlo.

Arnold lo hizo de mala gana. En el interior aparecieron varias cámaras fotográficas.

— ¿No pensaba declarar esto? —preguntó el agente.

—Son de mi propiedad y las necesito. Hago reportajes gráficos.

—Pero son todas compradas en el Japón, ¿no?

—Exacto. Y algunas están cargadas. El agente las extrajo una a una.

—Lo siento pero deberán pagar aduana. Ahora le calcularé lo que debe abonar. Arnold hizo un gesto de contrariedad, produciendo un sonido de fastidio con la boca.

—Es inútil que me haga cálculos. Las tendré que dejar de momento aquí. No llevo un maldito dólar.

—Como prefiera. Le extenderé un recibo. ¿Nombre?

—James Arnold.

El funcionario lo anotó.

—Me recuerda a alguien —murmuró—. Hace poco lo leí en un periódico, si la memoria no me falla. Lo que no puedo recordar es por qué le mencionaban a usted.

Arnold enseñó los dientes.

—No sería por asesinato, ¿eh?

—No..., recuerdo que era más bien una información alegre. —De

pronto alzó una ceja—. Ah, ya sé... Fue lo que llamaron "la boda de Romeo y Julieta". Los periódicos publicaron la biografía del novio, de Laurence Roy. Usted era uno de sus socios.

—Sí. Oiga..., ¿es que se ha casado Laurence?

—En efecto. Eso decían los periódicos. Y yo vi incluso unas escenas por televisión.

—Yo no me enteré porque estaba en Tokio. ¿Y con quién se ha casado si puedes saberse?

—Nada menos que con Stella Finney.

—Ah, de modo que la atrapó al fin... Bueno, pero para él. Deme el boleto.

El funcionario se lo extendió.

—Aquí tiene indicada la cifra que deberá pagar. Puede retirar esto en cualquier momento.

—Bien... ¡menuda cuenta! Son ustedes unos chupasangres, amigos.

—El tío Sam necesita dólares.

—El día que el tío Sam se muera, avíseme. Quiero asistir a su entierro. Guardó el boleto y salió.

El resto de su equipaje fue transportado por un negro hasta la salida del aeropuerto, en una carretilla tan ligera que podía moverse casi con un dedo. Arnold tomó un taxi, se sentó y se echó el sombrero sobre la nuca.

—Al comienzo de Broadway —dijo—. Junto a Wall Street. Ya le indicaré la casa.

Entrecerró los ojos y miró el cielo encapotado lleno de negros nubarrones.

Empezaba a caer la noche.

Y la noche nunca le había gustado a Arnold, ni siquiera en Nueva York, que es una de las ciudades más iluminadas del mundo.

Terminó echándose el sombrero sobre los ojos y se dejó llevar,

mientras dormitaba.

Su apartamento estaba en un núcleo eminentemente comercial. La gente no vivía allí; sólo iba a trabajar por las mañanas y se largaba pitando a partir de las cinco de la tarde, soñando en el día en que no tendría que volver más.

Por eso, durante la noche, aquello era verdaderamente un desierto.

Y eso era lo que le gustaba a Arnold. Por tal razón vivía allí. Porque él iba a su apartamento sólo por las noches, y entonces quería vivir en calma.

Entró, dejó la maleta en el vestíbulo, pasó directa mente al cuarto de baño y se desnudó.

Un momento después se daba una ducha caliente. Aquello pareció aliviarle de la fatiga del viaje.

Envuelto en un albornoz fue a la sala principal del apartamento. Bastantes muebles estaban cubiertos con una funda, tal como él los había dejado. Incluso la mesita de centro tenía su funda también.

Encendió un cigarrillo.

«De modo que Laurence se ha casado... —dijo para sí mismo—. Quizá sea mejor así. Simplificará las cosas».

Sobre una cómoda había un marco con un retrato. Él y Laurence en sus buenos tiempos, cuando empezaron a trabajar juntos en aquello. No había transcurrido más que un año y, sin embargo, parecía que había pasado un siglo. Arnold solía decir que esos fueron «los buenos tiempos», porque ambos estaban llenos de ilusiones. Y la verdad fue que ganaron algún dólar. Todo se les presentaba fácil.

Entre los dos aparecía retratada una chica.

Era muy joven. Se le podían calcular unos diecisiete años, aunque en realidad tenía dieciocho. «Diecinueve ahora», pensó

Arnold. Alta, esbelta, morena y de facciones dulces, era una de las más bonitas y distinguidas que ambos habían conocido en su vida.

La dedicatoria decía: «A Laurence y Arnold, los inseparables, con todo mi afecto».

Arnold volvió el retrato del otro lado, con un cierto gesto de indiferencia. Aquellos eran viejos tiempos. Mejor olvidarlos.

Fue al bar que había en un ángulo de la sala y maniobró en la cafetera. Un café bien cargado le sentaría bien. Necesitaba pensar para ordenar el trabajo del día siguiente.

Fue entonces cuando creyó escuchar aquel leve rumor. Se había producido en su dormitorio.

«Una tontería —pensó Arnold—. Un crujido de un mueble o de alguna pared». El café caliente empezaba a salir. La cafetera gorgoteaba.

Por encima del gorgoteo le pareció escuchar aquella pisada.

Ahora no eran imaginaciones suyas, ni el crujido de un mueble. Alguien estaba caminando por la habitación contigua a su dormitorio.

Arnold sintió que unas gotitas de sudor perlaban su frente.

Era muy extraño porque a causa de su larga ausencia el suelo del apartamento estaba cubierto de polvo y él no había notado huellas en ninguna parte. ¿Acaso el que estaba en el dormitorio era alguien que volaba? ¿Alguien que no necesitaba pisar el suelo y por tanto no dejaba huellas?

Fuera quien fuese, entendería un buen argumento: la bala de un revólver. Por fortuna, Arnold no tenía el suyo en el dormitorio, sino en el cajón de la mesita que ocupaba en el centro de la sala. No tenía más que levantar la funda, abrir en silencio el cajón y empuñar el arma.

Levantó la funda bruscamente.

Y entonces cayó algo al suelo. Algo que estaba extendido sobre la mesa. Unas cartas.

Las cartas revolotearon en el pavimento antes de posarse en el polvo. Otros permanecieron allí. Sobre la mesa. Estaban ordenados, formando pequeños montoncitos simétricos.

Alguien había estado jugando a solitarios.

¿Quién?

¿Quién podía haber abandonado luego el juego colocando la funda sobre la mesa?

Arnold notó que las gotas de sudor se hacían más gruesas, resbalaban ya por sus mejillas...

Tomó el revólver y lo empuñó firmemente en su mano derecha. Su pensamiento volaba: «No te pongas nervioso... Tienes en la mano un "argumento" que todo el mundo entiende...».

Avanzó poco a poco hacia su dormitorio. Los sonidos no habían vuelto a reproducirse.

Los que han vivido situaciones así saben que el silencio es peor que cualquier sonido, por inquietante que éste sea. Porque el sonido significa algo que en el peor de los casos nos orienta, mientras que el silencio nos envuelve como una trampa, se planta ante nosotros como una pared detrás de la cual no sabemos lo que existe.

Eso era lo que sentía Arnold.

Se hubiera puesto a gritar, a maldecir... Necesitaba hacer algo que descargara su terrible tensión nerviosa.

Abrió la puerta.

Y entonces lo vio.

Estaba allí, en su dormitorio, mirándolo fijamente. «Aquello» había entrado en su casa.

Estuvo a punto de lanzar un grito de horror, pero se contuvo a tiempo. Tenía el revólver entre los dedos. ¿Qué necesitaba más?

Claro que dudaba de que el revólver sirviera contra «aquello». Pero apretó rabiosamente el gatillo.

Dos disparos, tres... El grito de horror murió en su garganta. ¡Las balas no servían de nada!

Cuatro disparos, cinco... Y entonces sintió aquel dolor terrible en sus entrañas, aquel dolor que no tenía nombre.

Cayó hacia delante, mientras lanzaba una especie de ronquido.

La sangre empezó a manchar el pavimento y el silencio, un silencio espeso, un silencio espeso y angustioso se hizo de nuevo en torno suyo...

CAPITULO IV

Margaret Higgins entró en la redacción y se sentó ante su mesa con gesto de desánimo. Puso un cigarrillo entre sus labios y no se acordó ni siquiera de encenderlo.

Larsen entró poco después.

Con su clásico aspecto de hombre que apenas habla. Con su mirada perdida de hombre que ve cosas que los demás no pueden ver.

Se sentó y empezó a teclear ante la máquina.

Ni siquiera había mirado a Margaret, que aún estaba con el cigarrillo sin encender.

Al fin pareció notar que alguien le miraba. Alzó la cabeza y vio clavados en él los ojos quietos de la muchacha.

—Hola, Margaret.

—No me has dicho nada al entrar...

—Estaba distraído.

—Más o menos como siempre...

—Reconozco que soy un tipo poco sociable —murmuró Larsen

—, y me gustaría hacer algo para evitarlo pero no me doy cuenta. Cuando estoy entre la gente ni siquiera lo noto.

—Bueno, no te preocupes, ya estamos acostumbrados a eso. Larsen volvió a teclear.

— ¿Qué escribes? Hoy no ha habido boxeo.

—Estoy preparando un artículo en defensa de Cassius Clay.

— ¿En su defensa? ¿Por qué?

—Porque es un hombre de principios. El que tiene unas ideas y las defiende aunque le perjudiquen, el que mantiene la cabeza alta en todas circunstancias, merece respeto. Eso es lo que pretendo decir. Además, fue un error desposeer del título al más grande campeón que ha existido, comparable sólo a Joe Louis. La política nada tiene que ver con el deporte.

Margaret encendió al fin su cigarrillo.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo también tengo la misma idea, Larsen.

Este hizo un esfuerzo para ser amable.

—Leí tu artículo sobre la boda de Laurence Roy y Stella Finney —dijo—. Muy bueno.

— ¡Pero si tú no lees nunca la sección!

—Cuando escribes tú, sí.

—Vaya... Al final resultará que no eres el hombre de las cavernas, como la gente creía. Gracias.

— ¿Y tu entrevista con el doctor Finger?

—Lleva camino de fracasar.

— ¿Por qué?

—Me había citado para hoy, pero no ha comparecido, alegando un trabajo muy urgente. Supongo que en el fondo teme a la prensa. Ni siquiera he podido entrar en su laboratorio, como la otra vez. Me ha

recibido un ayudante suyo, un japonés llamado Yoshivara.

—Yoshivara... —musitó Larsen, entornando los párpados.

— ¿Le conoces?

—Me parece que lo recuerdo. Era un campeón de lucha japonesa y además un buen fotógrafo. Colaboraba en excelentes revistas del país.

— ¿Es que tú las leías?

—Sí, era parte de mi trabajo.

— ¿Conoces el japonés?

—Los de la CIA me habían adscrito a la sección de Extremo Oriente —dijo Larsen—. Cinco idiomas amarillos se exigían para entrar allí, porque era la sección mejor pagada. Una ganga.

Y volvió a escribir, dando por terminada aquella conversación. Margaret le miró con curiosidad.

—Siempre serás un tipo extraño —dijo, mientras se ponía en pie—. Ya vuelves a tener cara de hombre de las cavernas.

Y salió.

Acababa de ver encenderse la luz en el despacho de Connor, el redactor jefe. Entró en él y se sentó ante la mesa, cruzando las piernas y dispuesta a confesar que estaba a punto de fracasar con el doctor Finger.

Yoshivara estaba allí.

No muy alto, más bien delgado, pero formado por cables de acero, bastaba acercarse a él para darse cuenta de que su fortaleza y su flexibilidad debían ser impresionantes. Vestía un traje cruzado impecable y sus manos jugueteaban con una magnífica máquina japonesa.

Al ver acercarse a Margaret, se inclinó cortésmente y abrió la portezuela de su viejo Ford.

—Es usted muy puntual —elogió—. Las mujeres americanas son, en este sentido, tan serias como los hombres.

—Debe considerarme un hombre, puesto que he venido a trabajar —dijo

Margaret, sonriendo—. ¿Dónde nos espera el doctor Finger?

—En su casa de Bridge Port. Hay que pasar al Estado de Connecticut.

— ¿Por qué tanto misterio?

—Le ha concedido a usted una entrevista en exclusiva, pero no desea que ningún compañero de usted, es decir otro periodista, interfiera en el asunto. El jefe quiere tener una atención con usted, pero la publicidad le disgusta.

—En ese caso deberé agradecérselo.

—Espero que la entrevista sea un éxito para usted, señorita Higgins. Y ahora, con su permiso, la conduciré hasta allí.

—Gracias.

El coche rodó a buena velocidad hacia el norte, dejando atrás la urbe e incluso el propio estado de Nueva York. Yoshivara parecía ser hombre de pocas palabras y se limitaba a conducir. Solamente, cuando atravesaban un paisaje atractivo, hablaba de lo bonito que resultaría fotografiarlo y de la intensidad de luces y contrastes que él emplearía en aquel caso.

—Se ve que la fotografía le apasiona —dijo Margaret.

—Me gustaría triunfar en ella, pero aquí es difícil.

— ¿Por qué?

—Por los sindicatos. Los mejores trabajos tienen que ser para los fotógrafos del país, cosa que me parece lógica. Pero la desgracia es que yo soy solo un amarillo.

—No hable así. Aquí hay oportunidades para todos.

—Pero en mi caso necesitaría algo que llamara mucho la atención. Un éxito muy grande.

Se habían desviado de la autopista y ahora conducía por un camino vecinal que, según dijo Yoshivara, ahorrraba unas millas. El bosque de árboles casi centenarios que atravesaban era prodigiosamente hermoso. Unas suaves volutas de niebla flotaban entre los troncos. Margaret extasiada por el paisaje, le agradeció que hubiesen pasado por allí.

De pronto falló el coche.

Yoshivara lanzó lo que debía ser una maldición en japonés y cerró el contacto, saliendo para levantar capó y ver lo que ocurría. Emitió una nueva imprecación.

—Este condenado carburador... No hace cincuenta millas sin fallar.

—Quizá esté sucio.

—Sí, pero, ¿cómo lo limpio?

—Espere. Yo entiendo algo de eso. Yoshivara la contempló con interés.

—Es usted una mujer admirable...

—Sólo trato de ser una mujer que trata de arreglárselas sola.

Margaret se inclinó sobre el carburador y quedó en una postura muy sugestiva, porque su falda era bastante mini. Durante unos segundos trajinó en él. Fue entonces cuando sintió aquellas manos en su cuerpo.

Se volvió rápidamente, ahogando un grito.

Los ojos llameantes de Yoshivara la contemplaron como los ojos de un tigre contemplan a su presa. Sus brazos duros y fuertes la estrecharon en un círculo de acero. La muchacha se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Supo que si se desmayaba estaba perdida.

Por eso no cedió. Dio un rodillazo a Yoshivara y le hizo saltar hacia atrás, mientras lanzaba un aullido.

Margaret aprovechó para dar media vuelta velozmente. La falda mini le resultó muy práctica esta vez, ya que le permitía una casi

completa libertad de movimientos. Lo malo eran los zapatos de tacón, pero ella resolvió el problema quitándoselos de dos manotazos. Afortunadamente el sendero del bosque estaba limpio y no se herían sus pies.

Oía detrás de ella la respiración de Yoshivara.

El amarillo estaba ganando terreno, porque sus zancadas eran más largas. Llegó un momento en que pudo poner la mano sobre el vestido de Margaret.

Este se rasgó en parte y un jirón quedó en las manos ansiosas del oriental. Afortunadamente para Margaret, Yoshivara resbaló. Su salvaje imprecación rompió el silencio del bosque, mientras el oriental caía de bruces.

Margaret siguió corriendo. Su velocidad era la de un verdadero atleta. Pero notaba que le faltaba la respiración. Sus fuerzas iban cayendo progresivamente.

Si pasara un automóvil por allí. ¡Si alguien les viese!

Pero su esperanza era vana. Yoshivara antes de atreverse a hacer aquello, debía haber estudiado bien el terreno.

Oyó de nuevo detrás de ella aquella respiración poderosa, que aún no era jadeante como la suya.

Yoshivara estaba muy entero, y ella no. Se aproximaba el fin.

Si tuviese un arma. Si pudiera...

No, Margaret no estaba dispuesta a ceder. Vio el pequeño río que cruzaba el bosque y se arrojó a él.

Debía ser lo bastante profundo para nadar, y ella lo hacía muy bien. Dudaba de que Yoshivara fuese tan buen nadador. Cansada y todo, le sacaría una buena ventaja.

Pero las manos ansiosas cayeron sobre ella cuando el agua sólo estaba al nivel de su cintura. Yoshivara la abrazó. Comenzó una lucha miserable y salvaje.

Sucios de fango, mojados, convertidos en guñapos se zarandeaban brutalmente en el río. Yoshivara no golpeaba; sólo parecía querer reducirla, dominarla con sus brazos. Margaret estaba

ya tan deshecha que apenas podía resistir. Los ojos de Yoshivara seguían mirando enfebrecidos. Parecían los de un loco.

Por fin las fuerzas de la muchacha parecieron ceder definitivamente. Jadeante, deshecha, con la mirada nublada a causa de la fatiga, cayó en los brazos del japonés. Este la arrastró hasta la orilla, depositándola sobre la hierba.

Margaret sollozaba. Se daba cuenta de lo que iba a ocurrir y se sentía sin fuerzas para evitarlo. Yoshivara quedó en pie ante ella.

Y entonces Margaret tuvo ocasión para asombrarse de nuevo. Porque lo que

Yoshivara hacía era..., ¡fotografiarla!

Ya no le tocaba ni un centímetro de piel. Simplemente la enfocaba de un lado, de otro, gastando placas a velocidad frenética, como un poseso.

— ¡Así! ¡De cara!

Ella, que le miraba, dio un manotazo al aire, como pidiéndole que se alejara.

— ¡Perfecto!

Yoshivara guardó su máquina y se fue sin volverse y sin dirigir una sola mirada. La muchacha no sabía qué pensar. Estaba como enloquecida.

Y de pronto, al quedar sola en el río, su garganta se rompió en un sollozo.

Yoshivara se había cambiado de traje, pero tenía aspecto de cansado cuando llegó al laboratorio del doctor Finger. Éste se encontraba como obsesionado, mirando el gráfico que indicaba la actividad en el cerebro de Laurence Roy.

El cuerpo de éste, dentro de la urna de cuarzo, a cuarenta grados

bajo cero, se conservaba tan intacto como en el momento en que sufrió la muerte técnica.

Sus ojos estaban muy abiertos. Y parecían mirar. Yoshivara murmuró:

—Veo que todo va perfecto... Finger apenas emitió un gruñido. Parecía obsesionado por lo que veía.

— ¿Qué ocurre? —musitó el japonés.

—No había venido aquí desde anoche —dijo Finger—. Y hay algo muy raro.

— ¿El qué?

—Observa que la actividad cerebral es normal durante horas y horas. Sobre el papel se dibuja una línea casi continua. Más o menos es la línea que dibujaría el encefalograma de una persona que estuviera en perfecto reposo, quizá durmiendo.

—Sí, ya veo.

—Pero fíjate aquí.

Y Finger señaló una zona, ya muy anterior, en que la aguja había dibujado franjas muy irregulares, más o menos parecidas a las que en un sismógrafo señalaban la presencia de un terremoto.

—Aquí el muerto hubo de tener un momento de gran excitación —dijo lentamente Finger—. No sé por qué pero fue una cosa que le produjo una tremenda alegría. Como si se hubiera vengado de alguien, o una cosa parecida. Yo tengo bastante experiencia en leer esta clase de gráficos y diría que fue exactamente eso lo que sucedió: que el muerto tuvo una gran alegría porque consiguió vengarse de alguien.

Yoshivara tragó saliva.

—Pero, ¿cómo pudo hacerlo?

—Eso no lo sé —murmuró Finger—, como no sé lo lejos que nos llevará mi experimento. Pero de momento ha ocurrido algo que ni siquiera me atrevería a soñar

— ¿Y a qué... a qué hora pasó?

Finger miró atentamente la hoja de papel, donde resultaba fácil

medir el tiempo, porque estaba cuadriculada y avanzaba a velocidad constante.

—Exactamente a las ocho y cuarto de la noche —dijo—. Y la excitación duró unos diez minutos. ¿Qué ocurriría en ese tiempo? ¿Qué sucedería ayer a las ocho y cuarto de la noche?

El teléfono resonó una y otra vez en el apartamento vacío.

Bueno, vacío no, porque había un hombre tendido en él, caído de bruces. Su sangre coagulada se mezclaba con el polvo.

El muerto estaba con los ojos abiertos.

Unos ojos que denotaban asombro, incompreensión, horror. Y el teléfono seguía sonando, sonando...

Su timbrazo insistente parecía dibujar espirales en del aire. Parecía una larga serpiente que se disolvía en el instante de nacer.

Al otro lado de la línea habían colgado.

El hombre que llamaba desde una cabina pública de la Avenida Doce hubiera podido ser reconocido por bastante gente del aeropuerto Kennedy. No en vano muchos pasajeros pasaban por delante de él, cuando llevaba su uniforme de inspector de aduanas. Pero ahora vestía de paisano, y una expresión de inquietud contraía su rostro.

Saló de la cabina, pero al instante pareció pensarlo mejor. Volvió a entrar. Colocó en la ranura una nueva ficha y discó un nuevo número. Esta vez contestaron al cabo de unos instantes.

— ¿Señor Bentam? —preguntó el inspector de aduanas.

—Sí, ¿qué hay?

—Soy Patrick.

—Ya te había reconocido por la voz. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde una cabina pública de la Avenida Doce. No se preocupe,

no me ve nadie. Esto es una tumba.

—Bien. Suelta lo que sea.

—He estado llamando a Arnold.

— ¿Y qué?

—Verá... Lo que convinimos era sencillo. El traería las máquinas fotográficas con un maletín de mano, sobre el que yo le haría preguntas. Al pedirle que pagara los derechos de entrada, él me contestaría que no llevaba dinero y que me quedase los aparatos en depósito. Yo así lo hice, pero cambié una de las máquinas, la Canon que llevaba una determinada señal, y que tenía dentro un rollo impresionado, por otra igual que no tenía nada. La cámara con el rollo impresionado la tengo aquí. De ese modo, Arnold no corría ningún peligro de que se la robaran al llegar al país, si alguien lo seguía o le esperaba aquí.

—Comprendo.

—Esas fueron las instrucciones que me dio —continuó Patrick—, y yo las he seguido fielmente. Una vez en mi poder la cámara con el rollo, tenía que llamarle a su apartamento. Allí se la entregaría, y él me daría quinientos dólares. Pero no contesta, a pesar de que he insistido. Por eso he pensado...

— ¿Qué?

—Ustedes son tres socios. Eso me lo explicó Arnold. Me dijo que eliminado Laurence Roy a estos efectos él era el jefe, pero que si ocurría algo anormal me pusiera en contacto con usted, que era su segundo. Y me dio este teléfono.

—Comprendo... —al otro lado de la línea, Bentam pareció reflexionar—. Va a hacer una cosa, Patrick. A mí también me extraña que Arnold no me llamara en seguida al regresar del Japón. ¿Conoce dónde está su apartamento?

—Sí, señor Bentam.

—Por favor, vaya allí y llame. A veces, el teléfono está estropeado y el timbre no suena, pero el que llama lo oye. Eso es lo que debe ocurrir. Si Arnold no estuviera, a pesar de haberle citado a usted, me vuelve a llamar, ¿entendido?

—Sí, señor Bentam.

—En todo caso, cuente con los quinientos dólares. Yo se los daré.

—Gracias.

Y Patrick colgó.

A poca distancia estaba su coche. Era un modelo reciente, un lujo que difícilmente se podía permitir un inspector de aduanas, pero que estaba al alcance de Patrick, porque éste acostumbraba a prestar pequeños servicios como aquél, sin faltar de una manera rotunda a la ley y siempre cobrando.

Rodó a poca velocidad hacia Broadway, en dirección este, por las desiertas calles de Nueva York.

Una vez en Broadway, giró en dirección a Wall Street, hacia la famosa Battery. Allí el silencio, la sensación de soledad, aumentaban. ¿Por qué tuvo Arnold la manía de irse a vivir allí? ¿Tanto amaba la tranquilidad? ¿No era excesivo?

Claro que Arnold, por sus negocios, debía ser un hombre discreto. No le interesaba tener vecinos.

Las calles silenciosas parecían túneles en la noche.

Patrick recordó una vieja canción que cantaba cuando era niños. Una canción que hablaba de los fantasmas de Wall Street. Pero ¿Por qué la recordaba precisamente ahora? ¿Tal vez por aquella sensación de soledad que le envolvía? ¿O porque Wall Street estaba edificada sobre un viejo cementerio holandés?

Sus pensamientos quedaron cortados al llegar a la casa donde vivía Arnold. Ésta era una de las pocas en la zona que tenía garaje privado, el cual era abierto desde un control general por un empleado nocturno, para lo que bastaba pulsar un timbre rojo. Desde cada garaje, un ascensor particular subía al apartamento del dueño.

Patrick descendió y pulsó el botón rojo.

La puerta del garaje se alzó, girando sobre su eje. Él entró, encendió una luz que iluminó perfectamente aquel pequeño espacio de diez yardas por diez, y se dirigió al ascensor.

Al abrir éste, se encontró en un pequeño rellano donde no había más puerta que la correspondiente al apartamento de Arnold. Fue a pulsar el timbre.

Pero notó que aquella puerta estaba abierta.

Patrick dudó unos momentos. No se atrevía a entrar.

Había visto abajo otro coche, que con el suyo, ocupaba enteramente el garaje. Debía ser el de Arnold, lo cual indicaba que el dueño de la casa estaba en ella. Pero,

¿Por qué la puerta estaba abierta? ¿Qué significaba aquello?

La oscuridad era absoluta, absorbente, tan viscosa como si se pudiera palpar. Pero Patrick tenía que averiguar si Arnold estaba allí, y además le aguardaban quinientos dólares. No iba a quedarse en la puerta como un niño que tiene miedo.

Oprimió el conmutador de luz.

Y entonces el horror le llenó los ojos, pareció saltar hasta él como una cosa viva.

El doctor Finger encendió un cigarrillo en su despacho, a bastante distancia del laboratorio, mientras Yoshivara ordenaba unas fichas que habían quedado sobre la mesa.

Todo el optimismo de Finger parecía haberse disuelto en el aire, y Yoshivara sabía por qué. Antes, Finger se había olvidado del tiempo, pero ahora acababa de mirar su reloj. Y acababa también de darse cuenta de su enorme retraso.

—Sabes que eso no lo consiento, Yoshivara —masculló—. ¿Por qué has llegado casi dos horas más tarde de lo que convinimos?

Yoshivara sonrió enigmáticamente.

—En Oriente, el tiempo no tiene demasiada importancia.

—Pero tú estás en Occidente, y aquí sí que la tiene. Y mucha. Además, no me vengas ahora con tonterías, porque tu industrializado país, es tan esclavo con el reloj como el primero. Tenemos mucho trabajo que hacer. ¿Dónde has estado?

—Tuve una faena particular.

— ¿Fotografías?

—Sí.

— ¿Cuándo dejarás esa estupidez? ¿No sabes que no te dará dinero nunca?

La cortés sonrisa de Yoshivara, que parecía la sonrisa de un anuncio, se hizo áspera, ingrata.

—En el Japón me daba dinero —murmuró—. Yo podía haber sido algo allí, pero las revistas no tienen tanta calidad ni tanta fama como las norteamericanas. Un fotógrafo que sea primera figura aquí gana lo que quiere; allí no. Por eso me dejé tentar. Por eso acepté aquel trabajo mal pagado al principio, pero que me permitía vivir en los Estados Unidos.

Finger hizo un gesto de hastío.

—Todo eso no me interesa.

—A mí, sí —dijo bruscamente Yoshivara—. Y se lo cuento porque algún día oirá hablar de mí, porque leerá mi historia en las mejores revistas del mundo. Algún día sabrá todo el mundo que aquí me engañaron. Hice trabajos mal pagados, para que los firmasen otros. Y cuando quise independizarme, me pasaron por las narices el sindicato.

«Tú eres un sucio amarillo, tú no puedes quitar el pan a la gente del país». Para mí sólo quedaban los trabajos secundarios, a menos que obtuviera viera un éxito fulgurante, algo que hiciera que la gente se fijase en mí. Y lo obtendré. ¡Le juro que lo tendré!

Yoshivara se había excitado. Su rostro amarillo había adquirido un cierto tinte rojizo, produciendo un curioso contraste. Y sus ojillos

brillaron malignos al ver que Finger le miraba con desprecio.

—Tu historia no me importa nada —dijo el científico—. Y si algún día te encuentro en una revista, te aseguro que volveré a página. Yo sólo sé que te di trabajo porque fotografiabas bien mis preparaciones en el microscopio, y sobre todo, porque eras un muerto de hambre. Y ahora no me hagas perder más tiempo. Repasemos los últimos análisis.

Se pusieron a trabajar, pero de pronto, Finger recordó algo.

—Tengo unas notas en el laboratorio. Ahora he de volver allí...

— ¿Quiere que vaya yo?

—No. Iré yo mismo.

Y Finger salió del despacho para dirigirse hacia el lugar donde estaba el muerto, a bastante distancia de allí, porque tenía que atravesar todo el edificio donde tenía su laboratorio, y que había sido una antigua fábrica.

Yoshivara le siguió sigilosamente.

Siempre lo hacía, por si Finger necesitaba algo. A Yoshivara, sin que se diera cuenta, le dominaba muchas veces el instinto servil que durante siglos tuvieron los de su raza.

Llegaron al laboratorio diez minutos después. Todo estaba como lo dejaron. Finger oyó un suave «clic» a su espalda.

Se volvió alarmado, creyendo que Yoshivara, del que no había llegado a fiarse nunca, intentaría algo contra él en aquella a soledad. Pero no, el «clic» correspondía al disparador de la máquina. Yoshivara estaba obteniendo una fotografía del muerto.

— ¿Qué diablos haces?

—Algo que usted debió haberme mandado si fuera más previsor, doctor Finger. En el historial del experimento faltarán fotografías obtenidas en diversas fases del mismo. Sin ellas, sus fichas serían incompletas. No comprendo cómo no lo pensó.

Finger relajó sus músculos.

—Tienes razón, debió haberseme ocurrido a mí. ¿Y has obtenido otras fotos antes?

—Una ayer y otra hoy.

—De acuerdo... Tomarás una cada día.

Y se volvió hacia la interminable tira de papel conectada al encefalógrafo. De pronto tuvo una violenta sorpresa.

Sus ojos se desorbitaron.

— ¡Yoshivara!

— ¿Qué ocurre?

— ¡Mira!

La aguja señalaba otra vez enormes oscilaciones, como si hubiera ocurrido una nueva tempestad en el cerebro del muerto. Eran tan notables como en la ocasión anterior, o quizá más.

Finger estaba lívido.

—Hace un momento ha sentido una gran alegría —musitó—. Hace aproximadamente cuarenta y cinco minutos. Como la otra vez... Una alegría satánica, igual que si se hubiera vengado de alguien...

Y con voz ronca, extrañándose de su propia frase murmuró:

— ¿Qué habrá podido hacer el muerto... fuera de aquí?

CAPITULO V

Estás un poco extraña, Margaret.

— ¿Por qué?

—Yo diría que un poco triste.

Margaret Higgins, que acababa de salir de la redacción de la revista Today, miró al hombre que se había situado a su lado, caminando junto a ella por la calle. Verdaderamente era un acontecimiento extraordinario.

Larsen nunca acompañaba a nadie, nunca hablaba con nadie. Eso de que fuera junto a ella por la calle era un acontecimiento extraordinario, como para hacer sonar las campanas de San Patricio.

Avanzaron hacia la plaza de estacionamiento, situada a doscientas yardas de distancia.

Larsen añadió:

— ¿Quizá te molesto?

—No, de ningún modo. Sólo me extraña que hayas descendido de las nubes para fijarte en una insignificante persona que se gana la vida a ras de tierra.

—No es mi costumbre —confesó Larsen.

—Ya lo sé.

—Pero es que te veo muy extraña. Sólo al entrar en la redacción ya lo he notado:

«Esa muchacha acaba de pasar por una terrible crisis interior», me he dicho.

Y al fijarme mejor, me he dicho además que la crisis había sido exterior también. Porque tienes unos pequeños arañazos en la cara.

Ella se la tocó instantáneamente, como si acabaran de adivinarle un terrible secreto.

Larsen simuló no fijarse en el gesto, pero en realidad no le pasó inadvertido.

«Algo grave le ha sucedido», pensó.

—Si te hubieras visto en la redacción te hubieras asombrado de ti misma. Estabas como crispada, come ausente. No te has enterado de nada. He leído por casualidad las galeradas de tu artículo, al subirlas de la linotipia, y siento decirte que están muy mal. Es un artículo sin pies ni cabeza, como si pensaras en otra cosa.

—Vaya... No eres muy amable, que digamos.

—Sólo trato de decirte que debes salir de este estado absurdo. Nueva York es una ciudad cruel y los Estados Unidos son un país cruel. Aquí no puedes desfallecer. Si algo te ocurre, debes superarlo. Porque si te obsesionas y empiezas a trabajar mal, acabarán por echarte de la revista.

Abrió la portezuela de su coche.

—Te acompaño —dijo—. Creo que te haría bien tomar una copa.

— ¿Para que acabe contándote lo que me ocurre?

—No, ya sé que no me lo dirás. ¡Cualquiera hace una entrevista a una periodista como tú! Pero quizá te animes hablando con alguien. Aunque sólo sea hablar del tiempo.

Margaret se mordió el labio inferior.

—Lo siento, pero tengo una cita.

— ¿Con un hombre?

—Sí.

—No sé por qué, me parece que ésta es una cita que no te gusta.

—Desde luego. No me gusta en absoluto, pero he de ir.

—Te acompañaré.

— ¿No te he dicho que la cita es con un hombre? Tú estarías de más.

—Bien... Me resignaré.

Pero Margaret, en un momento, cambió de opinión. Miró fijamente a Larsen. La cita era con alguien cuyo nombre había tenido que buscar en la guía telefónica. Ahora el nombre parecía estar grabado a fuego en su cráneo. «No lo olvidaré nunca. Yoshivara Takeo. 850, 52th Street, W».

Le había telefoneado. Le había dicho que quería recuperar aquellas fotos. Yoshivara se había mostrado escurridizo. Margaret no entendía su actitud. Daba la sensación de que quería que el asunto se olvidase. Cuando Margaret le ofreció dinero él dijo que no. Cuando lo amenazó con denunciarlo a la policía, dijo entonces que enseñaría las fotos, lo cual sería peor. Al final accedió a verse con Margaret en Central

Park.

Todos estos pensamientos se atropellaban en el cerebro de la muchacha. Yoshivara le daba un asco infinito, pero no tenía más remedio que tratar con él.

Y cuanto más incomprensible parecía su actitud, más necesidad tenía de hacerlo.

Pensó entonces que quizá le convendría la compañía de Larsen. Si el japonés se ponía tonto, los puños del campeón olímpico le harían entrar en razón.

—Larsen... —dijo de pronto—, no te vayas.

— ¿Es que ahora quienes que te acompañe?

—Sí.

—Bien... Sube. ¿Adónde te llevo?

—A Central Park. Yo te diré el sitio.

— ¿No haré el ridículo cuando tú te encuentres con el otro hombre?

—No lo harás, porque no se trata de una cita sentimental, sino de negocios. Pero de todos modos, agradeceré que te mantengas a distancia. Puedes esperarme en el coche, a unas cien yardas.

—Tus deseos son órdenes para mí —dijo Larsen. Pero lo dijo sin alegría.

En Central Park se detuvieron cerca de la residencia del obispo metodista. Luego, la muchacha siguió a pie.

—Puedes esperar aquí —dijo—. El lugar de la cita es junto a aquel banco.

—Bien.

Larsen encendió un cigarrillo y esperó. Hacía una tarde dulce, aunque un poco fría. Por encima de las copas de los árboles, la mayor parte de ellos empezaban a insinuarse las primeras sombras del crepúsculo.

Margaret avanzó con todos los nervios en tensión. Veía a lo lejos la figura de Yoshivara, que había sido puntual. No sabía si escupirle a la cara en cuanto le viese o golpearle con los puños.

«Ni una cosa ni otra —se dijo—, tienes que ser astuta, tienes que saber qué quiere. Nada conseguirás si te portas como una histérica...».

El japonés se inclinó cortésmente ante ella, como si fuera otro hombre distinto, como si jamás hubiera sido el salvaje que la arrastró por el río antes de fotografiarla.

—Muy honrado, señorita Higgins.

—Déjese de cumplidos ahora. Usted obtuvo unas fotografías

mías.

—Es cierto.

—En unas circunstancias muy especiales.

—Pero que la favorecían extraordinariamente, señorita Higgins. Tiene usted un tipo estupendo, si me permite decirlo.

Ella palideció.

—Supongo que, pese a sus disimulos, detrás de todo hay una sórdida cuestión de dinero. No soy rica, pero trataré de salir del paso. Dígame cuánto.

Yoshivara sonrió cortésmente.

—Si necesitara dinero podría actuar como luchador en los Estados Unidos —dijo—. Eso no me lo impedirían. Pero no es la gloria deportiva la que me interesa, aparte de que quizá tampoco la conseguiría, porque aquí mi especialidad de lucha japonesa no es muy apreciada. Me interesa una gloria más duradera y a la larga, más provechosa.

—No le entiendo.

—Ni hace falta, pero sepa sólo una cosa: no le pido dinero. Margaret parpadeó.

— ¿Entonces es cierto lo que me dijo por teléfono? ¿No quiere nada?

—Nada.

—Estoy dispuesta a recuperar esas fotos —dijo Margaret secamente—. Estoy dispuesta y lo conseguiré como sea. Pero antes de declararle la guerra, voy a darle una última oportunidad, cochino japonés. Si hay algún medio de lograr un acuerdo, dígamelo ahora.

Yoshivara se pasó suavemente una mano por la barbilla.

—Quizá lo haya —dijo al fin.

—Pues hable.

—Quisiera que usted vuelva a posar para mí. Preparo una exposición.

— ¿Con qué objeto? —logró preguntar.

—Estoy preparando una exposición fotográfica que asombrará al mundo.

— ¿Una exposición con esa clase de fotos? ¿Se ha vuelto loco?

—Todo lo contrario... —Yoshivara se iba excitando, poniéndose nervioso—. Quiero ser el primer fotógrafo de este país y lo seré. Las revistas más importantes vendrán a suplicarme que llene las páginas con mi arte. Pero para esto hace falta tener fama, lograr un *boom* del que todo el mundo hable. Un buen escándalo es lo mejor, y yo voy a darlo. No sé aún cómo llamar mi exposición, si *Amor a pleno día* o *Pequeños secretos entre los dos*, que me parece un título más dulce. La gente notará en seguida que no he trabajado con modelos, sino con escenas de la vida real. Y usted es el tipo ideal de muchacha americana sana, enamorada y ardiente. Resultará perfecta.

Se había ido excitando. Hablaba de la exposición y de sus fotos como si ya las estuviera viendo.

A Margaret le costaba trabajo respirar. Estaba horrorizada.

Ahora se daba perfecta cuenta de lo que aquel hombre pretendía. Todo Nueva

York la vería a ella con la ropa hecha jirones, al salir del río, con todo el aspecto patético de una mujer ultrajada.

Cierto que la exposición duraría un solo día. Cierto que las autoridades la cerrarían en nombre de la moral pública, pero para entonces, ya la habrían visto miles de personas y se comentaría en todas partes.

No era eso lo peor. Las revistas pedirían una exclusiva «confidencial» para sus páginas. Lo que no se pudo ver en la exposición, se vería en páginas ilustradas de *magazines* que daban la vuelta al mundo.

Yoshivara la miraba fijamente. Parecía haber ido adivinando sus pensamientos uno a uno.

—Eso es lo que quiero —dijo—. Lo que usted está pensando ahora.

—Le demandaré judicialmente, si se atreve a publicar una sola

foto mía.

—De acuerdo, pero será peor para usted.

Larsen, entretanto miraba las dos figuras desde el asiento de su coche, mientras fumaba pensativo.

Estaba claro que aquello no era una cita sentimental. No, de ninguna manera. Bastaba ver la postura crispada del cuerpo de la muchacha.

Fue entonces cuando distinguió aquel otro coche. Iban dos hombres en él.

El vehículo pasó a poca velocidad por delante de un seto, maniobró como si estuviera paseando y tomó un sendero que le dejaría a dos yardas de la pareja, a espaldas del hombre.

Larsen se fijó en todo eso de una forma lejana e impersonal.

Un segundo después lo había olvidado. Pero, cuando un hombre ha sido educado para las más difíciles misiones, cuando ha matado, cuando ha sabido que por un fallo pudieron haberle matado cien veces a él, nunca olvida nada del todo. Los detalles en que se ha fijado siguen trabajando en su interior. Le mantienen en una especie de alerta secreta, de la que él mismo muchas veces no se da cuenta.

Y cuando vio el coche avanzar de nuevo, todos sus músculos parecieron dar un salto.

¡Aquello era una ejecución!

No sabía si iban a liquidar a la muchacha o al japonés, pero era lo mismo. Probablemente la ráfaga partiría por la mitad a los dos.

Tenía el motor en marcha. Entró primera y dio gas bruscamente, mientras soltaba el embrague. El coche, un excelente modelo deportivo, salió disparado.

Los del otro vehículo lo notaron.

Se dieron cuenta de que venía hacia ellos y la metralleta que ya asomaba por la ventanilla, giró.

Larsen hizo una rapidísima finta.

Había perseguido hombres en las peores carreteras del mundo,

incluso en las tundras de Siberia, con hielo hasta los platos de las ruedas. Era capaz de que un vehículo hiciera cualquier cosa, menos volar, y aún eso tenía que probarlo.

Esquivó la ráfaga, que pasó a una distancia ridículamente larga.

Yoshivara y Margaret se habían dado cuenta también de lo sucedido. Pero así como Margaret no supo reaccionar, porque en realidad no entendía nada de aquello, el japonés lo entendió perfectamente. Se dio cuenta de que iban a por él. Y con un salto felino, digno de un atleta, se introdujo en un seto que le cubrió casi completamente.

Mientras tanto los dos hombres del primer vehículo tenían la atención concentrada en Larson. Sólo por su modo de conducir, ya se dieron cuenta de que era un tipo especial, un hombre superentrenado y del que podía esperarse cualquier cosa.

La metralleta rugió otra vez.

Y nuevamente las balas fallaron, pero ahora mordiendo los neumáticos. Larsen se dio cuenta de que, a aquella distancia, su coche se podía transformar en su propio ataúd y frenó bruscamente, saltando disparado por la portezuela derecha.

En sus dedos apareció la «Browning».

La llevaba desde sus buenos tiempos, desde que le expulsaron de la CIA. Cada mañana, al vestirse, sentía deseos de lanzarla por una alcantarilla y cada mañana se la colocaba en la funda axilar, porque después de tanto llevarla se sentía desnudo sin ella.

Ahora le iba a ser útil.

Le pareció volver al pasado cuando apretó el gatillo. Como en las calles de Tokio. Como en la helada Tashkent, la ciudad de los mil terremotos. Como cuando le arrojaron en paracaídas sobre Pekín para que en una sola noche matara a dos hombres que estaban a punto de revelar la clave de todo el sistema de espionaje en China.

La bala perforó la frente del hombre que llevaba la metralleta. El arma saltó por los aires.

Su compañero comprendió que estaba perdido y decidió hacer lo más fácil. Con una violencia inaudita giró el volante cuando iba a gran velocidad. El automóvil pareció lanzar un aullido humano, mientras

giraba sobre dos ruedas.

Voló en dirección a Larsen.

Éste comprendió que ya no tenía tiempo de disparar. Aunque matara al conductor, el automóvil seguiría y a él ya no le quedaría tiempo para apartarse.

Saltó de costado, eliminándose de la ruta que las ruedas iban a seguir. El coche pasó rugiendo, pero sin rozarle siquiera. El conductor comprendió que había fallado el golpe y ya no insistió. Lo único que trató de hacer fue huir de las balas de su enemigo.

Tomó bestialmente otra curva y una de las portezuelas se abrió. El cadáver que ocupaba uno de los asientos cayó pesadamente a tierra.

Larsen disparó dos veces.

Pero ahora el coche ya estaba fuera de su alcance. Apenas podía verlo por encima de los setos.

Corrió hacia el cuerpo caído sobre el césped y lo registró velozmente, privándole de su cartera. Todo eso lo hizo en brevísimos segundos, con la rapidez del hombre que estaba acostumbrado a trabajos semejantes. Cuando los primeros policías llegaron corriendo apenas un minuto después, él ya estaba junto a Margaret y con la expresión del que no ha visto un cadáver en su vida.

Avanzó hacia los agentes, mientras preparaba su propia documentación y la de la pistola que había usado. Iba a necesitar dar muchas explicaciones sobre todo aquello. Como había esperado, los policías no le registraron. Se limitaron a pedirle que se identificara, que les entregase el arma y que les acompañase. Media hora después, él y Margaret estaban en uno de los precintos de Nueva York.

Pero sabía que muy pronto se les iba a dejar en libertad. En concreto, y una vez supiesen quién era, la policía no le acusaría absolutamente de nada.

CAPITULO VI

Larsen oprimió el timbre rojo.

Eran las once de la noche, no había nadie en aquella zona de Wall Street, salvo los vigilantes que dormitaban en el interior de los Bancos y de las oficinas de Cambio y Bolsa. El aire era quieto, y el silencio resultaba absoluto, sólo turbado de tarde en tarde por el aullido de alguna sirena que llegaba desde la bahía, tras cruzar bajo el gigantesco puente Varrazzano.

La puerta se abrió.

Dentro del garaje no había ningún coche. Las luces que se habían encendido automáticamente, mostraban la puerta del ascensor, hermética y hosca. No se sabía por qué, pero uno tenía la sensación de que la atmósfera allí cambiaba, de que las cosas eran distintas.

Hizo una seña a Margaret. Esta avanzó con el coche.

Cuando las ruedas hubieron pisado una ancha raya metálica, la puerta del garaje se cerró automáticamente. La muchacha miró extrañada en torno suyo.

— ¿Quién abre esto?

—El mismo portero del edificio, sin duda. Un tablero de control le señala en qué sitio ha sido oprimido el timbre. Entonces abre por

medio de un conductor eléctrico. Teóricamente un intruso podría entrar en el garaje, y en realidad nosotros acabamos de hacerlo, pero eso no es frecuente. Y si no se tiene la llave, no se puede ir más allá; ni siquiera entrar en el ascensor.

— ¿Entonces cómo vamos a hacerlo?

—En la CIA me enseñaron algunas cosas —dijo Larsen.

Pero antes miró atentamente el suelo, siguiendo los surcos que las ruedas habían dejado en el polvo.

—Ha habido otros coches aquí —dijo—. Y hace poco. Margaret se acercó a él. Su mirada era insegura, temblorosa.

—Larsen...

— ¿Qué quieres, Margaret?

—Explícame esto. No sé por qué estamos aquí.

—Es sencillo. Tú recuerdas que le quité la cartera a aquel muerto.

—Sí. ¿Cómo podría olvidarlo?

—La policía encontró luego a faltar la documentación; sólo llevaba un permiso de conducir, pero eso es frecuente, no se extrañaron. Yo, mientras tanto, pude revisar los demás papeles de la cartera para saber quién era aquel tipo. Resultó ser un matón, una especie de asesino profesional de mediana categoría. Llevaba una sola anotación en sus papeles, y esa anotación era un número de teléfono que corresponde a este apartamento. Me he enterado de que aquí vive un tal Arnorld.

— ¿Y qué pretendes?

—Quiero saber quién es ese Arnold. Qué hay detrás de todo esto. Por lo pronto he sabido que Arnold es fotógrafo profesional y que también tiene algunos estudios de ingeniería. Viaja constantemente a Alemania y al Japón, pero nadie parece saber por qué.

Margaret cerró un momento los ojos.

—Larsen —murmuró—, no nos metamos en esto. El atentado iba contra

Yoshivara, no contra mí.

—Ya estamos metidos, muchacha. Y un asunto en que intervienen metralletas no es para dejarlo de lado y olvidarlo. Creo que haremos muy bien sabiendo, al menos, qué pinta Arnold en todo esto.

Bruscamente añadió:

—Y quizá averigüe también lo que había entre Yoshivara y tú. Margaret Higgins se sobresaltó.

—Nunca hubo nada...

—Mejor para los dos. Y ahora, vamos.

Dos simples movimientos con su ganzúa le bastaron para abrir la puerta del ascensor. Este les dejó ante la puerta del apartamento. Allí, Larsen hubo de pasar más tiempo, pero la cerradura también cedió.

—No sabía que tuvieras esas habilidades —murmuró Margaret.

—En los servicios de espionaje enseñan más cosas malas que buenas. Y empujó la puerta.

En seguida hubo algo que les detuvo. Algo sutil, impalpable. Era el hedor.

Aquel hedor aún resultaba suave, aún no repelía, pero estaba allí y frenaba como si fuera una muralla invisible. Margaret se echó para atrás, mientras las facciones de Larsen se endurecían.

Oprimió el conmutador.

La luz le permitió ver la puerta frontera, que estaba abierta. Parecía la puerta de un dormitorio. Pero había allí algo que hizo avanzar a Larsen, mientras parecía recibir una descarga fría en la espalda.

Miró los dos cadáveres. Uno era más «fresco» que el otro, es decir llevaba menos tiempo muerto. Pero ambos habían caído del mismo modo, cosidos a puñaladas.

Larsen se inclinó sobre ambos alternativamente. Los examinó con ojo profesional.

Margaret, mientras tanto, apoyada en la pared, llevaba las

manos a la boca, conteniendo un grito de horror.

Larsen se puso en pie.

En sus manos se hallaban las carteras de los dos muertos. Por lo visto, el asesino no había tenido inconveniente en que fueran identificados luego.

—Uno murió un día antes que el otro —dijo—. Lo que no se puede determinar ya es si atacaron por la espalda o de frente, ya que están cosidos a puñaladas. De todos modos hay algo muy sorprendente, algo le deja petrificado a uno.

— ¿Qué? —logró balbucir Margaret.

—Los bordes cauterizados de las heridas indican que fueron causadas por un cuchillo al rojo.

Y ante el silencio angustiado de Margaret, continuó:

—Los ojos de los dos muertos están fijos en el mismo sitio; en la cama. Y he visto que en ella hay una pequeña oquedad, como la que deja un cuerpo al acostarse. Una oquedad extrañamente rígida y uniforme, como la que...

Añadió lentamente:

—... como la que dejaría un muerto...

Margaret se sentía angustiada allí. Le parecía que toda ella se impregnaba de aquel olor que no olvidaría nunca.

Con voz torpe balbució:

—Estás imaginando demasiadas cosas, Larsen.

—Tal vez sí, pero las deducciones son lógicas. He mirado también el dormitorio; sólo tiene una ventana que es prácticamente inaccesible desde cualquier lugar. El que vino aquí, fuese quien fuese, tuvo que entrar por donde hemos entrado nosotros, y las huellas de coches lo confirman.

Abrió las carteras y examinó su contenido. Su rostro se fue ensombreciendo, mientras leía los documentos.

—Uno de los muertos —dijo—, el más reciente, es un funcionario de aduanas llamado Patrick. Parece que empleado en el aeropuerto Kennedy. El otro es el dueño de este apartamento. Su pasaporte indica que desembarcó en el aeropuerto Kennedy hace muy pocos días. Parece haber pues, en principio, una relación entre los dos hombres, antes de que ambos vinieran a morir aquí. ¿Pero qué relación? ¿Y por qué han muerto de ese modo incomprensible?

Hizo un gesto de resignación y musitó:

—La policía no me culpó de nada de aquel asunto de la metralleta porque era un caso muy claro de defensa propia, pero ahora se me echarían encima como buitres si yo silenciara esto. De modo que no hay más remedio que cantar, Margaret.

Y descolgó el auricular del teléfono, discando lentamente el número del precinto más próximo.

Stella Finney, que estaba a solas con el doctor Finger, se acercó a la ventana, terminando de correr las cortinas.

Iba vestida muy descuidadamente.

—Es mucho lo que te debo, Stella —musitó Finger—. No sólo por los momentos de felicidad que me has dado, sino porque sin ti mi experimento no hubiera podido realizarse nunca.

Ella rió.

—No tienes que darme las gracias. Soy una mujer muy interesada.

—Pero has apostado fuerte...

—No me quedaba otro remedio. En el mundo artístico nadie puede sospechar lo que me ocurre.

Se palmeó una de sus bien torneadas caderas. Pero su gesto no fue pícaro, sino un gesto sin alegría, patético.

—Sólo yo conozco lo que sufrí para llegar a ser estrella de ballet —murmuró Stella—, para alcanzar las cimas de las primeras figuras, cuando, en realidad, por mi constitución, estaba destinada a no saber siquiera andar. Sólo yo sé lo que he sufrido, porque para mí era terriblemente difícil lo que resultaba fácil para las otras.

Se sentó en un borde del lecho con expresión pensativa, ausente.

—Los huesos de mis caderas no trabajan sincronizados —dijo—. Tú lo sabes, Finger. A base de entrenamiento constante, lo he disimulado, pero ahora ya no puedo más. Mi caída vertical en el mundo del ballet es inminente. Ni siquiera con una operación quedará bien, porque tendrán que sustituirme dos huesos por placas de metal y eso es un desastre definitivo para mí. Lo peor es que no he ganado dinero. En el ballet sólo se paga bien a las primeras figuras, y yo he empezado a serlo justamente ahora.

Se dejó caer hacia atrás, mirando el techo en actitud reflexiva.

—Me he acostumbrado a tener joyas, a ocupar suites de cuatro habitaciones en los mejores hoteles del mundo. Me he acostumbrado a vivir a lo grande y cuando uno prueba eso, ya no quiere volver atrás. No te extrañe si te digo que todo el importe de mis últimos contratos, que eran casi fabulosos, me lo he gastado en lujos. Mis ahorros actuales apenas me darían para vivir modestamente tres años. ¿Y luego qué?

Finger se inclinó ligeramente sobre ella.

—Conmigo no necesitas justificarte —susurró.

—No, no me justifico, solo quiero que sepas bien por qué he hecho esto. Cuando tu experimento tenga éxito, cuando se demuestre que un cerebro puede seguir viviendo aunque el resto del cuerpo haya muerto, serás fabulosamente rico. Todos los países se disputarán tus servicios para que conserves sus cerebros más preclaros. No sé si fuiste tú quien lo dijo una vez: el mundo de las matemáticas progresaría muchísimo si por ejemplo, Einstein y Sedov pudieran colaborar siglos enteros. E igualmente el mundo de la física. ¿Imaginas lo que pasaría si Oppenheimer pudiera colaborar durante siglos con Von Braum? Por eso sé que tus experiencias son una mina de diamantes. Te pagarán lo que tú pidas. Y de esa mina disfrutaremos los dos, cariño...

Él acercó los labios otra vez.

—Lo curioso —dijo—, es que creo que has hecho a Laurence menos daño del que creías. He llegado a la extraña conclusión de que él es feliz.

— ¿Qué quieres decir?

—Está haciendo algo, algo quizá terrible, pero que le llena de gozo. Stella susurró:

—Bueno, eso no nos importa, ¿verdad? Y los dos se besaron.

Yoshivara se dirigió al laboratorio donde estaba el muerto.

Era de día y todo se hallaba suavizado por un tenue sol. Aquello no tenía nada de siniestro, nada de espectral. Simplemente, un laboratorio moderno, con grandes ventanales de cristales opacos y en pleno día. Y sin embargo, Yoshivara tuvo la sensación de que no podría resistir mucho tiempo aquello.

De noche no se hubiera atrevido a entrar, él era un hombre frío, calculador, sin miedo. Era casi un científico. Pero no sabía lo que ocurría en aquel caso, no sabía qué era lo que le producía aquella terrible desazón.

Quizá eran los ojos del muerto, que parecían mirarle. Quizá era el pensar que el muerto sabía quién entraba allí, quién salía. Que tenía reacciones. Que odia y amaba.

Yoshivara, además, no podía quitarse una cosa de la cabeza.

Eran aquellas variaciones que había visto en la aguja del encefalógrafo. Aquellos signos que indicaban en el cerebro del muerto una profunda conmoción. Finger había dicho que era alegría. Pero alegría, ¿por qué? ¿De qué podía alegrarse el cerebro de Laurence Roy, todavía diabólicamente vivo?

Con expresión turbada, el japonés calculó la luz, enfocó su cámara y obtuvo una nueva placa.

Aquél había pasado a ser un trabajo habitual para él. Pese a estar maquinando contra su jefe, la verdad era que Yoshivara cumplía sus obligaciones escrupulosamente.

Luego abandonó el recinto, con un suspiro de alivio. Tomó su coche y se dirigió a Central Park.

La luz del sol era suave y dulce. Una luz perfecta para que un artista como él obtuviera fotos que harían lanzar silbidos de admiración a los entendidos. Y él conocía Central Park como la palma de la mano, del mismo modo que conocía los jardines de Tokio y de Kobe, donde empezó a adquirir experiencia en aquella clase de trabajo secreto.

Dejó su automóvil en un sitio discreto y se alejó poco a poco. Sus ojos escrutaban. Su máquina último modelo estaba ahora dotada de un teleobjetivo gigante. Vio la primera pareja a unas treinta leguas. Se estaban besando en un banco. Yoshivara esperó un momento propicio, enfocó y disparó.

Después, Yoshivara no perdió tiempo. Ya había hecho bastante en Central Park. Antes de que se extinguiera la luz quería hacer algo más.

Al japonés siempre le había impresionado el inmenso cementerio de Brooklyn.

¡Si encontrara algo allí! ¡Si pudiera obtener entre las tumbas la mejor foto de su carrera!

El sol aún era cálido y dulce cuando atravesó el puente de Manhattan y se dirigió al segundo de los cinco distritos de Nueva York. Las tumbas de Brooklyn tenían un aspecto apacible, casi poético. Yoshivara anduvo por entre ellas como si buscara algo, hasta que vio aquella pareja. Ella, que vestía de negro y parecía una viuda, se estaba dejando besar en la nuca silenciosamente, por un hombre, mientras permanecía quieta ante una reciente lápida.

«Crueldades de la vida —pensó Yoshivara—. Los muertos nunca tienen razón». Pero era una foto ideal. Una foto de la que se hablaría en todo el mundo. Graduó su teleobjetivo y disparó.

Los dos interesados se dieron cuenta en el último momento. Yoshivara hubo de echar a correr.

Cuando llegó de nuevo al laboratorio de Finger, éste aún no

estaba visible. El japonés se encerró en su laboratorio y reveló todas las fotos que había hecho últimamente. La de Central Park y sobre todo la del cementerio de Brooklyn, eran sensacionales. Prestigiarían una escandalosa exposición que pensaba encabezar con las fotos de Margaret Higgins.

Las placas obtenidas de Laurence, el muerto, también eran perfectas. Pero a Yoshivara le producía una especie de náusea, no sabía bien por qué y decidió no mirarlas demasiado.

Cuando salió, Finger ya estaba en el laboratorio. De Stella Finney no se veía ni rastro, por lo que dedujo que debía haberse marchado ya.

El científico le miró con ojos nublados.

— ¿Dónde estabas, Yoshivara?

—Revelando.

— ¿Revelando, qué?

Mostró las placas obtenidas del muerto. Eran tres.

—Deberíamos empezar a hacer fichas —dijo—. Las fotos están numeradas y yo las colocaré junto a cada análisis de resultados. También he señalado la hora en que se obtuvieron.

Finger mascullo:

—Bien. De acuerdo... Oye, las fotos son buenas...

—Hechas por mí, tenían que serlo —dijo orgullosamente Yoshivara.

Y miró las fotografías, fijándose sólo en los detalles técnicos, en los matices que les daban calidad, olvidando que lo que representaban era un experimento macabro.

De pronto palideció.

Sus dientes entrechocaron.

—Se... Señor Finger...

— ¿Qué te pasa?

—Mi... mire...

Sus manos temblaban espasmódicamente sobre la mesa.

— ¿Pero qué infiernos te ocurre, Yoshivara? Ni que hubieses visto a un aparecido...

—Peor... Peor que eso.

—No te entiendo...

—A usted quizá le guste, señor Finger, pero a mí me hiela la sangre. Nunca he visto nada tan espantoso.

Finger arqueó las cejas, irritado.

—Entre científicos, la palabra «espantoso» no existe —dijo, secamente—. ¿Qué es lo que has visto ahí? ¡Vamos, habla de una vez!

El japonés trató de dominar su nerviosismo.

—Usted ve las tres fotos iguales, ¿no?

—Claro...

—Pues no lo son. Mire la foto número uno. Fíjese en la manga izquierda.

—Bien. ¿Y qué?

—Mire la foto número dos.

Finger la miró. Y se estremeció también.

En las dos fotos la posición de la manga no era la misma. ¡En una estaba un poco más alzada que otra!

Finger sintió que se le secaba la boca.

— ¿Qué significa esto? —balbució.

—Hay algo más. Algo más importante aún —balbució Yoshivara—. Sólo un profesional lo notaría, pero eso es lo que yo soy; un fotógrafo profesional. Vea la corbata en las fotos dos y tres. ¿Qué nota en el nudo?

Finger miró. Y su palidez se hizo cadavérica, mientras apenas le

quedaban fuerzas para balbucir:

—El nudo... está más prieto en una que en la otra.

—Justo —dijo el japonés—. Bastante más prieto. Y aún hay un último estremecedor detalle.

— ¿Cu... cuál?

—Vea la boca en la fotografía uno y en la fotografía tres. Me refiero al dibujo que forma la boca. ¿No está bastante más caído en una que en otra?

A Finger le costaba trabajo respirar. A pesar de ser un científico tenía la sensación de que el mundo vacilaba bajo sus pies. Los ojos parecían quemarle.

—Sí —murmuró—, la cosa está clara. Y ése es un signo que no falla, un signo de putrefacción. Pero al mismo tiempo..., ¡es imposible! ¡Nadie puede descomponerse encerrado en un hermético ataúd de cuarzo, donde hay un vacío absoluto y donde la temperatura constante es de cuarenta grados bajo cero!

Yoshivara balbució:

—Cierto. Nadie puede descomponerse ahí dentro. Pero, ¿y fuera?

Finger no quería creer en sus propios pensamientos. Sentía un dolor terrible, espantoso, en la nuca. Pero la realidad científica estaba allí, y él era un hombre acostumbrado a moverse entre realidades.

—Eso indica —susurró— que durante unos períodos de tiempo muy limitado, el cadáver ha estado fuera de aquí. Entonces, en contacto con la temperatura y la presión normales se ha iniciado un leve proceso de descomposición, que desde luego, al volver al ataúd de cuarzo, se ha detenido.

No quiso seguir pensando más. Aquél podía ser un éxito definitivo, asombroso para su experimento. Pero era también como entrar en un mundo de horror, como caer a un pozo de tinieblas donde no había ninguna salida.

Nuevo profesor Frankenstein, el doctor Finger había creado un monstruo. Y Yoshivara resumió sus pensamientos cuando dijo con voz tensa:

—Todo eso significa que el muerto... se mueve.

CAPITULO VII

Bentam paseaba de un lado a otro de su habitación.

Estaba intranquilo y no trataba de disimularlo. Todo aquello era para él algo horrible, era el principio del fin.

Con las manos a la espalda, no podía estar un momento quieto.

Oía el sonido de sus propios pasos retumbando en su cráneo. Probó a beber un nuevo whisky y sintió que le abrasaba el estómago. Entonces se dejó caer en el diván, tomando de nuevo, entre sus manos inseguras, los diarios de la noche.

En aquello había parado todo. Aquello que veía fotografiado en la primera página era Patrick.

Recordaba perfectamente el momento en que el inspector de aduanas le llamó. Recordaba que él mismo le dijo que fuera al apartamento de Arnold y que si no le encontraba, le telefonease en seguida.

Patrick no había telefoneado. Claro que no. En el apartamento de Arnold encontró la muerte, como Arnold la había encontrado, un día antes.

Releyó los detalles por enésima vez.

La policía había hallado a los dos cadáveres tras ser llamada por un ex agente de la CIA llamado Larsen.

La razón de los asesinatos resultaba inexplicable, puesto que del apartamento parecía no faltar nada. Los dos tipos estaban cosidos a cuchilladas y resultaba imposible saber si les habían atacado de frente o por la espalda. Incluso resultaba imposible decir cuál de las cuchilladas había sido la primera en causar la muerte.

Otro detalle que estremecía a Bentam: todas las puñaladas habían sido asestadas por una hoja de acero que estaba al rojo.

Quiso encender un cigarrillo y no lo sostuvo entre labios. Volvió a pasear.

Él sí que podía decir lo que faltaba en el apartamento: la cámara con película ya impresionada que llevaba Patrick. Aquella cámara que Arnold trajera desde el Japón y cuyo contenido podía valer millones.

Pero eso no podía contarlo a la policía. No. De los asuntos que pueden valer millones, es mejor no hablar con nadie.

En aquel momento sonó el teléfono. Bentam se estremeció.

Lo descolgó mientras mascullaba:

— ¿Quién? Silencio.

Sólo un levísimo susurro, como si alguien muy quedamente al otro lado del cable.

— ¿Quién?

Y fue entonces cuando desde la distancia llegó aquella voz:

—Bentam..., te espero a las once de esta noche en Gayelord House... A las once de esta noche, Bentam... En punto...

Bentam lanzó un grito.

Pero fue un grito de alegría.

— ¡Laurence! —exclamó—. ¡Por fin has vuelto! ¡No sabes lo

contento que estoy, Laurence! ¡Tengo que hablar contigo!

Pero desde el otro lado ya no hablaron más. La comunicación fue cortada. Bentam se quedó mirando el auricular, como si éste fuese un objeto extraño, venido de otro planeta.

Luego colgó y se sentó, suspirando con alivio. Bien, al menos ahora sabía algo concreto.

Había reconocido la voz de Laurence Roy, como lo reconocería dentro de cien años. Tantas conversaciones, tantos años juntos no se olvidan. Y la reaparición de Laurence, del que nada sabía desde su boda, le producía alivio.

Miró su reloj. Eran las diez.

Le quedaba tiempo de sobra para ir a Gayelord House, pero primero tenía que tomar alguna medida. No sabía cómo pensaba Laurence Roy, o mejor dicho, si sabía cómo pensaría. Por lo tanto, convenía calmarlo, entablar la conversación en un clima amistoso.

Tomó una decisión y distó otro número en el teléfono.

Al cabo de unos instantes le respondió una voz suave, femenina, que también conocía perfectamente.

— ¿Quién llama?

—Gloria... Soy Bentam.

—Oh... Dígame, señor Bentam.

—Quiero que me hagas un favor. Un favor muy importante.

—Dígame lo que sea.

Bentam miró el retrato que tenía frente a sí. En él estaban Laurence, Arnold y él, con una muchacha. Era la misma muchacha que también se encontraba retratada en el apartamento de Arnold. Gloria siempre había sido muy amiga de las fotografías, quizá porque quedaba muy bien en ellas.

—Gloria, no sé si has leído los periódicos.

—Sí... Es terrible. Han matado al pobre señor Arnold.

—Verás, Gloria... Es absolutamente confidencial lo que tengo

que decirte, pero me temo que haya sido Laurence Roy.

— ¡Laurence es incapaz de una cosa así!

—Ya sé que tú le admiras mucho.

—Fue mi jefe durante años. Un jefe como nunca tendré otro.

—Sí, claro..., cuando todos nosotros formábamos sociedad. Pero ya sabes que la sociedad te sigue pagando el sueldo, aunque se haya disuelto.

—A veces, tengo la sensación de que me pagan para que no diga a nadie lo que sé.

—Tú serías incapaz de revelar nuestros pequeños secretos, Gloria. Secretos sin importancia, claro. Sigues cobrando el sueldo porque fuiste una empleada fiel. Pera ahora quisiera hablar de otra cosa. ¿Sabes? De Laurence, sólo de Laurence.

—Dígame lo que sea.

—Como te he explicado, temo que él matara a Arnold. Tenía motivos para estar enfadado con nosotros, claro. Él dirigía la sociedad, él lo llevaba todo y de repente se encontró en la calle. Sus tres socios le estafamos. Sí, lo reconozco... Fue una jugada sucia, y yo siempre he pensado que se vengaría.

—Nunca me habló de eso —susurró Gloria—. Yo estaba segura de que les odiaba a los tres. A usted, a Arnold y a Krug. Pero Laurence era demasiado noble, quizá demasiado tonto, para hablar de venganza.

—Bueno, entonces su pensamiento estaba ocupado por otra cosa —murmuró Bentam—. Él quería casarse con Stella Finney, ya lo sabes. Es posible que dejara sus planes de venganza para más adelante. Pero después de su boda, desapareció. Y nadie ha vuelto a saber de él. Al menos hasta ahora. Acaba de llamarme.

— ¿Para qué?

—Quiere hablar conmigo.

—Pues hablen. ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Gloria, tú no te haces cargo. ¿Imaginas que de verdad hubiera empezado a vengarse? ¿Piensas en lo que ocurriría si él fuera el asesino de Arnold?

—Eso no es posible.

—Pero imagínalo.

—Bien... Trato de imaginarlo. ¿Y qué sucede, Bentam?

—Me he citado en Gayelord House para dentro de cincuenta minutos exactamente. Ya sabes cómo es Gayelord House; un lugar tenebroso... Imagina que quiera matarme... Me interesa hablar con él, hacerle entrar en razón y volver a partirnos los beneficios, pero sin correr riesgos.

Gloria empezaba a comprender.

—Me parece que ya sé lo que quiere —murmuró.

—Eres una chica inteligente, Gloria... Y agradecida... A ti, Laurence no te hará nada. Te aprecia... Hasta diría que te quiere. Estoy seguro que de no haber conocido a Stella Finney desde tantos años antes, entre vosotros hubiese habido algo. Bueno, lo que pretendo es sencillo, y sabré pagártelo bien. Tú entras en Gayelord House unos minutos antes que yo. Le hablas, le convences... Él te hará caso. Cuando llegues a la conclusión de que desea hablar razonablemente conmigo, me avisas y entraré yo.

Gloria reflexionó unos instantes.

— ¿De qué modo le avisaría? —musitó.

—Es sencillo. Tú conoces bien Gayelord House. Fue una finca de recreo que nos hicimos para los cuatro socios, cuando aún éramos grandes amigos. Luego, al disolverse la sociedad, la finca quedó abandonada. Pero los timbres funcionan, y especialmente el de color azul, que sonaba en el jardín. Bastará que lo pulses tres veces y yo entraré.

¿Comprendes?

Gloria no contestó al momento.

—Escucha... —balbució Bentam—, iremos juntos hasta un

centenar de yardas de la casa. No te dará miedo entrar luego tú sola, ¿verdad?

—No —dijo suavemente Gloria—. Y estoy de acuerdo en todo, señor Bentam. No me dará miedo entrar en una casa donde pensé ser tan feliz. Y menos aún me ha de dar miedo encontrarme con Laurence Roy. ¿Qué daño podría hacerme?

CAPITULO VIII

El hombre que estaba en el laboratorio, sentado en una silla giratoria sacó su botella de whisky y le atizó un envío que la dejó temblando.

Era muy aburrido aquello. Pasar toda la noche así. Sería inaguantable, si uno no pudiese meterle mano a una botella de vez en cuando.

Bizqueó mirando al muerto.

Eructó.

«Buen provecho», se dijo.

Los muertos no impresionaban a Clarkman. A los diecisiete años empezó a trabajar en un depósito de cadáveres como aprendiz del horno crematorio. Si por cada muerto que había visto le diesen un dólar, ahora sería rico. Luego se puso a ayudar en las autopsias, porque ganaban más. Corte arriba, corte abajo. Se convirtió en una especie de descuartizador porque aquello le gustaba. A veces hacía horas extraordinarias, sin cobrarlas, cuando un muerto le llamaba la atención.

Por fin, Clarkman cambió de oficio. Fue cuando se cansó de ver chicas muertas y empezaron a gustarle de verdad, de una forma obsesionante, las chicas vivas. Pero las chicas vivas cuestan dinero y

Clarkman no lo tenía. Encontró entonces una buena mina trabajando como cuchillero en los muelles de Nueva York, a sueldo de los *gangs* de estibadores. Rajar a un vivo, al que le ordenaban eliminar, era tan sencillo como rajar a un muerto. La única diferencia consistía en que el muerto no chillaba y el vivo sí. Además, los vivos sí tardaban en morir, lanzaban cada maldición de todos los demonios. Pero Clarkman se acostumbró pronto.

El caso era que los muertos no le daban miedo. ¿Cómo iban a dárselo? Ni aunque estuvieran en conserva y con los ojos abiertos, como aquél.

Clarkman se atizó otro trago.

Un buen trabajo el que le había encargado el maniático del doctor Finger.

«Vigíleme a ese muerto. Si se mueve, pulse el timbre de alarma que hay sobre la mesa».

Clarkman sentía deseos de reír.

¿Y a causa de eso se gastaba cien dólares por noche? ¿Cómo iba a moverse un muerto? ¿Sería verdad eso de que todos los sabios acaban volviéndose locos?

De pronto parpadeó.

¿Habría bebido mucho? ¿Quizá ya no veía bien?

¿Qué era aquello?

¿Era posible que...?

¡La cara del muerto cambiaba de color!

¡Sus ojos se dilataban!

Clarkman extrajo su cuchillo, con el que tantos trabajos había hecho. Pero recordó de pronto que no se trataba ahora de liquidar a nadie. Sólo se trataba de pulsar el timbre de alarma. El timbre de alarma...

Volvió la espalda, tendiendo el brazo.

Y entonces sintió aquel dolor en sus entrañas. Aquel dolor del hierro al rojo. Aquel dolor horrible

El coche se detuvo con un murmullo ante el jardín silencioso. Los limpiaparabrisas dejaron de funcionar.

Lloviznaba muy débilmente.

Al otro lado del cristal se veían las formas del jardín, abandonado e inculto. La casa era como una mancha blanca en la oscuridad, a unas cincuenta yardas. Ahora no se escuchaba ningún sonido, más que el levísimo gotear de la lluvia.

Bentam consultó su reloj.

—Las once. Hemos sido puntuales. Gloria se removió a su lado, inquieta.

—Qué aspecto más fúnebre tiene todo esto...

— ¿Sientes miedo?

—No, ya le he dicho que no.

—Pues entonces adelante...

Ella abrió la portezuela sin hacer ruido.

Bentam la miró con avidez. A pesar de la oscuridad notaba sus formas rotundas, jóvenes. A él siempre le había gustado Gloria, y de hecho, algunas veces tanteó maniobras. Pero aquel maldito Laurence Roy siempre la defendía. La protegió hasta el fin, como si fuera su hija.

—Ya conoces la casa —murmuró—. No le digas que estoy aquí hasta que te convenzas de que lo único que quiere es hablar razonablemente. Entonces pulsas tres veces el timbre azul.

—Bien.

Gloria avanzó lentamente. A pesar de que conocía el jardín, tropezó un par de veces con ramas desgajadas. Todo aquello estaba irreconocible, abandonado. ¡Tanto como ella se afanó, dibujando proyectos! ¡Tanto como ella soñó que viviría allí con Laurence Roy, si

éste dejaba a Stella Finney!

Se acercó a la casa.

Sus pasos resonaron quedamente en los peldaños de piedra. Eran unos sonidos lejanos, que parecían de ultratumba. La impresionaron a ella misma, como si fueran las pisadas de otra persona.

La puerta estaba entornada. El leve viento la hacía crujir. Gloria pensó que la madera se estaba pudriendo. Ni una capa de pintura, ni un cuidado. Nada... Aquella casa era para ella como la tumba de sus sueños.

Pasó al interior y susurró:

—Laurence... Laurence...

Lo conocía todo perfectamente. Allí estaba la sala, cuya decoración ella misma diseñó. Allí la gran chimenea, que había de calentarlos las noches de invierno. El diván, cuya tapicería había cambiado de color a causa del polvo.

El silencio más absoluto la envolvía. Daba la sensación de que en muchos meses, nadie había entrado allí.

—Laurence..., ¿dónde estás? Empujó la puerta.

—Vaya, menos mal...

Laurence Roy estaba allí. Sentado en una de las butacas.

La luz de los faroles lejanos penetraba apenas por la ventana, cuyos cristales estaban opacos a causa de la lluvia. La silueta se recortaba sin embargo, claramente, y aunque otra persona no la hubiese reconocido, Gloria la reconoció en seguida. Contuvo una exclamación de alegría.

Le gustaba ver a Laurence allí, en aquel ambiente que soñó sería de los dos. Se sentó en el mismo diván, pero en el otro extremo.

—Laurence —susurró—. ¿Por qué no me hablas?

Nadie contestó.

El silencio era total, agobiante. Un silencio que hacía aún más notable el breve intervalo en que se escuchaba la lluvia.

— ¿Por qué esperas así, a oscuras? ¿Y no te molesta esta postura tan rígida?

Antes nunca te sentabas así.

Sorprendida, mientras en su interior empezaba a encenderse una lucecita siniestra, como de aviso, murmuró:

—Laurence...

Notó que él volvía la cabeza poco a poco.

Muy poco a poco, como un muñeco mecánico. Y entonces se encontró con sus ojos.

Aquellos ojos que lo decían todo, donde palpitaba un negro universo de horror, que heló la sangre de la muchacha.

— ¡Dios mío...! —susurró—. ¡Dios mío...!

No pudo decir más.

¡El miedo estaba dentro de ella, la atenazaba, la hundía! Si hubiese tenido al menos fuerzas para gritar. Pero los músculos de su garganta se habían agarrotado, eran incapaces de emitir un sonido. Ella misma se hubiera horrorizado caso de poder ver su propia cara. Una cara que era sólo una máscara, con la boca abierta, jadeante, como rota...

Apenas sintió el dolor.

Ni siquiera cuando el cuchillo, al rojo, penetró en sus entrañas, atravesando por detrás el respaldo del diván, pudo gritar. Sólo boqueó angustiosamente, mientras balbucía con voz desgarrada:

—Lau... rence.

Y cayó a tierra pesadamente, dejando sobre la tapicería un reguero de sangre. Una mano enguantada oprimió entonces un timbre, lo oprimió tres veces.

Bentam captó aquel sonido. El timbre azul fue instalado en los buenos tiempos para llamar a la servidumbre cuando ésta se hallara en el jardín. Pero todo se fue al diablo, como se van al diablo los sueños. No llegó a haber jardín, ni servidumbre ni nada. En realidad aquella era la primera vez que el timbre azul servía para algo concreto.

Bentam avanzó lentamente.

Estaba seguro de que llegaría a un acuerdo con Laurence Roy. Entre él, Arnold y Krug le engañaron tiempo atrás, eso era cierto. Se aprovecharon de algo que él había creado y dirigido. Pero dos viejos socios siempre pueden hacer números. Teniendo en cuenta que Arnold ya no reclamaría nada, se podía dar una buena parte a Laurence Roy.

Entró en la casa. Silencio.

La oscuridad era tan espesa que daba la sensación de ir a poder cortarse con un cuchillo.

Aunque Bentam no conocía la casa tan bien como Gloria, pudo avanzar con tranquilidad. Al fin sus ojos se fueron habituando a aquella penumbra. Movi6 el conmutador de la luz y éste no se encendió.

Las tinieblas, continuaron.

Era extraño que funcionara el timbre y la luz no. De pronto, Bentam recordó que los timbres marchaban con pilas, para que en ningún caso dejaran de funcionar.

Bien, si Laurence quería hablar a oscuras, hablarían a oscuras. Como si quería que hablasen cabeza abajo.

—Oye... —llamó—. Muchacho...

Entró en una sala cuya puerta oscilaba levemente a impulsos de una corriente de aire.

Vio un diván. La mesita a la que estaba conectado el timbre azul. Nada más.

—Laurence... ¿Es que quieres que hablemos a través de las paredes? ¿Dónde te has metido? ¿Y dónde está Gloria?

Esta última pregunta pronto tuvo respuesta. Gloria estaba allí.

Sus pies tropezaron con el cuerpo caliente, mórbido, y sus zapatos se mancharon con la sangre.

Bentam sintió que una terrible debilidad le acometía de rodillas para abajo. Pensó que iba a caer. Mantenerse en pie le costó el esfuerzo más angustioso de toda su vida.

La puerta por la que acababa de entrar se cerró a su espalda con un brusco chasquido.

Bentam se volvió.

Su garganta parecía haberse roto.

Llevaba una pistola, pero sabía que era incapaz de sostenerla. En este momento era como un pelele.

Y entonces oyó un chirrido.

Otra puerta se abría. Esta daba a su espalda, es decir, hacia el lugar donde él estaba mirando unos segundos antes.

Se volvió otra vez.

Pero ahora lo hizo lentamente, sintiendo que se ahogaba, deseando que la vuelta no terminara nunca. Deseando no ver.

En el umbral estaba Laurence Roy.

Quieto. Rígido. Espantosamente rígido.

Bentam fue a sacar la pistola, pero ya no pudo. De pronto, sintió aquel pinchazo horrible, espantoso, que le perforaba la columna vertebral. Lanzó un alarido inhumano que se perdió en la noche.

Y la segunda cuchilla cayó sobre él. Y otra. Y otra...

CAPITULO IX

Connor entró en la redacción y murmuró:

—Margaret...

— ¿Qué hay?

—Ese relato en exclusiva de los crímenes. Eso que hacéis entre Larsen y tú,

¿Cómo está?

—Entregaré mi parte dentro de una hora.

—Pues me parece difícil, porque no lo has empezado aún. Y te veo muy pensativa.

—Sí, quizá. Pero terminaré a tiempo.

—Antes no eras así —dijo Connor—. Escribías como el rayo. Pero desde hace unos días te veo extraña.

Ella no contestó.

Seguía con la mirada perdida.

Connor dejó la cosa por inútil y consultó su reloj. Dentro de una hora justa insistiría para la entrega porque aquel día cerraba la

revista. No podían andar con bromas a la hora de bajar el material a las linotipias.

En aquel momento entró Larsen.

Cosa que no solía hacer casi nunca, saludó a la gente. Luego se dirigió a la mesa de Margaret.

Ella sonrió.

—Hola Larsen.

—Hola, Margaret. Estás muy pensativa.

—Tengo la hoja de papel en blanco y no sé cómo empezar. Nunca me había ocurrido esto.

—Pues yo tengo la sensación de que no pensabas en el artículo, sino en otra cosa.

—No digas tonterías.

Pero Larsen había dado en el clavo, como casi siempre que observaba a una persona. Margaret Higgins no pensaba en el artículo, sino en las fotos del japonés. No había adelantado un solo paso en su deseo de recuperarlas, y cada nuevo día era como una sentencia de muerte para ella. Si la exposición se abría, todo su prestigio como periodista y todo su honor como mujer quedarían al nivel del fango. Porque las fotos serían muy propicias para que cada uno las interpretase como quisiera. Y de modo muy sugestivo, por supuesto. Larsen murmuró:

—Quizá te convenga tomar un trago y charlar un rato. ¿Por qué no me acompañas diez minutos al bar?

—De acuerdo. Ella se levantó.

Abandonaron la redacción y se dirigieron al ascensor que llevaba a la planta baja. Fue allí donde Margaret, que iba muy distraída, dio un traspié y estuvo a punto de caer.

En realidad puede decirse que cayó. Quedó sentada sobre los peldaños. Larsen la ayudó a ponerse en pie.

— ¿Te has hecho daño?

—No, no ha sido nada.

— ¿Quieres apoyarte en mí?

—Gracias. Estoy perfectamente.

Los dos se dirigieron al ascensor. Larsen no hizo ni un comentario más, pero se le notaba tenso, extraño.

Y a partir de aquel momento ya no dijo ni media docena de palabras.

Yoshivara tenía una habitación alquilada encima de un gigantesco parking. Aunque muchos días no salía del laboratorio de Finger, su vida independiente se desarrollaba en aquella habitación. Allí dormía la mayor parte de las noches, ideaba sus fotos, tenía un pequeño laboratorio.

Aquella tarde, Finger no le necesitaría. Estaba en el laboratorio, solo, alumbrado por la luz roja, haciendo pequeños retoques a la serie de fotos de Margaret.

Pero Yoshivara no se sentía bien. Sus nervios vibraban.

Por la mañana había descubierto el cadáver de Clarkman, y había apreciado algunos signos inequívocos y estremecedores, en el cuerpo de Laurence Roy. Algunos detalles en las ropas indicaban que se había movido, y sus rasgos faciales indicaban que se acentuaba la descomposición orgánica.

Yoshivara, a pesar de ser un hombre frío y calculador, sentía a ratos que castañeaban sus dientes.

Si el cerebro de Laurence Roy vivía, pero el resto de su cuerpo estaba muerto,

¿Cómo podía moverse? Y de que el resto del cuerpo estaba muerto, no cabía la menor duda por algunos de los síntomas de descomposición orgánica.

A veces, Yoshivara tenía la sensación de que iba a volverse loco.

Esa misma sensación debía tener Finger, quien se había encerrado en su despacho, sin querer ver a nadie. Y tal era la razón de que el japonés tuviera la tarde enteramente libre.

Hizo una copia después del último retoque, la puso a secar y salió con ella pensativamente, pasando a la otra habitación.

Allí quedó quieto, asombrado.

Desde el centro de la habitación, alguien le estaba mirando. Era un tipo alto y joven, con aspecto de atleta, a quien Yoshivara no conocía.

Le miró como si contemplase a una aparición.

— ¿Por dónde ha entrado? ¿Quién es? Larsen mostró la llave falsa.

—He entrado con esto.

— ¿Y qué diablos pretende? ¿Que llame a la policía?

—Pretendo algo más sencillo.

— ¿Qué?

—Esto.

El golpe fue directo a la cara del japonés. Fue un gancho de los que tumban a un bisonte.

Yoshivara salió materialmente despedido, chocó contra la pared que tenía a su espalda y resbaló lentamente hasta el suelo.

Pero si alguien creía que el japonés estaba vencido, se equivocaba. En sus entrenamientos había recibido golpes como aquel, y en sus exhibiciones de lucha aún peores. Ciertamente que el desconocido atizaba como un diablo, pero no bastaba un solo impacto para dejar a Yoshivara sin sentido.

Se pasó la mano por la boca, desde la que goteaba la sangre.

— ¿Por qué? —murmuró.

—Me llamo Larsen.

—Eso no me dice nada.

—Soy amigo de Margaret Higgins.

Yoshivara se volvió a pasar la mano por la boca. Sus ojos centelleaban ahora.

— ¿Le ha dicho ella algo?

—No, pero tengo ojos y casualmente he visto sus piernas. En ellas había marcas que no se han borrado aún: hematomas causados por unos cochinos dedos que la golpearon. He hecho trabajar un poco la imaginación y he deducido que esos cochinos dedos tienen que ser los suyos.

Yoshivara se puso en pie poco a poco.

— ¿Y a qué ha venido aquí?

—Quiero arreglar este asunto.

—Me permito insinuarle que ha hecho mal.

— ¿De veras?

—Claro que sí, amigo. Esta habitación está sobre un parking de siete pisos. Eso quiere decir que debajo de nuestros pies y más abajo aún no hay más que coches silenciosos y ni un ser humano. Puedo matarle a golpes, arrancarle la piel sin que nadie se entere. Está en un mal sitio.

Larsen le dirigió una sonrisa cuadrada.

— ¿De veras va a hacer todas estas cosas?

—Soy campeón de lucha japonesa.

—No sabe cuánto lo celebro. Yo fui subcampeón olímpico de boxeo. Medalla de plata.

—No podrá ni tocarme —masculló Yoshivara.

Y de pronto, saltó. Lo hizo lanzando un agudo grito, para darse ánimos según un viejo rito de la lucha japonesa. Llevó los pies por delante, con uno de los cuales cortó el aire como una bala.

En los entrenamientos a que Yoshivara solía someterse, dos ayudantes sostenían una piedra de tres dedos de grosor. Él, con el pie, la partía.

Podía ser un golpe mortal. Podía hundir el pecho a cualquiera.

Y alcanzó a Larsen que no lo esperaba. Se oyó un ruido sordo, pero espantoso, y los ojos del ex agente se pusieron en blanco.

Sintió como si le hubieran abrasado los pulmones. Yoshivara, que había caído en pie ante él, movió las dos manos alternativamente, preparando dos golpes de karate.

Uno de ellos falló. El otro alcanzó el pómulo a Larsen, que no había desviado la cabeza a tiempo. Sintió materialmente como si le partiesen la mitad de la cara.

Dio media vuelta sobre sí mismo y se derrumbó.

Yoshivara lanzó otro grito. Fue a saltar sobre é con los pies por delante otra vez. Pero ahora Larsen ya había visto —y recibido— bastante. No se dejó sorprender como antes.

Giró sobre sí mismo, y los pies del japonés chocaron contra el suelo. Lanzó un grito de dolor, porque el impacto había repercutido en sus piernas.

Larsen le dio un golpe en las rodillas con el centro de las manos y le dejó caer. Ahora los dos hombres en el suelo se miraron fijamente. Pero sólo durante unos segundos.

Bruscamente se lanzaron al ataque. Saltaron los dos a un tiempo.

Yoshivara recibió esta vez. Fue a asestar dos golpes más de karate, lo que exige una guardia abierta. Y por medio de sus dos manos se introdujo el demoledor puño de Larsen.

El impacto fue bestial. Yoshivara lanzó un aullido y giró sobre sí mismo, desplomándose hacia la pared. El impacto fue tan fuerte que la dejó materialmente cuarteada.

Pero tampoco cedió. A pesar de que su cráneo zumbaba espantosamente, se lanzó otra vez al ataque.

Lo hizo también con los pies, su golpe favorito.

Larsen se apartó a tiempo. Los zapatos del japonés se estrellaron contra otra de las paredes, que pareció ir a derrumbarse. Larsen pensó maquinalmente que si aquello duraba un poco más, todo el parking se iba a venir abajo.

Se oyó otro espantoso grito. No un grito de dolor sino de guerra.

Yoshivara volaba de nuevo. Ahora pegó un terrible puntapié en el aire con la intención de alcanzar el mentón de su enemigo. Pero éste esquivó con una flexión de cintura, como en el ring esquivaba, entre las cuerdas, los zarpazos de sus rivales.

Ahora Yoshivara no pudo frenar su vuelo. Chocó contra la ventana y la hizo añicos.

Estuvo a punto de precipitarse al vacío, desde una altura de siete pisos. Sólo su flexibilidad le salvó pudiendo contorsionarse y sujetarse en el último segundo.

Larsen no perdió la oportunidad.

Había venido allí dispuesto a lo que fuese. Liquidar a aquel tipo era una de tantas posibilidades que le parecían lógicas.

Los dos se encontraron abrazados en el alféizar de la ventana.

Ya que tenían los brazos trabados, se golpearon salvajemente con las cabezas. Aquí tenía la ventaja Yoshivara, como en general tenía todas las ventajas en el cuerpo a cuerpo. En sus entrenamientos también hacían una cosa muy especial: romper de un cabezazo una barra de hielo que sostenían entre los dientes. Y todos sabemos que el hielo es en muchos aspectos tan duro como el metal. Además, estaba encima. Podía golpear casi a placer. Sus dos golpes fueron brutales y repercutieron en el cráneo de Larsen. Otro hubiera quedado sin sentido tal vez, pero el subcampeón olímpico aguantó.

Y, además, cosa sorprendente, se estuvo quieto.

Parecía querer recibir más. Y lo que en realidad hacía era preparar a su enemigo para dar una brusca media vuelta.

Lo consiguió de repente. Yoshivara lanzó un grito de sorpresa al encontrarse debajo, aún no sabía cómo.

Y eso era lo peor. Se dio cuenta de que ahora estaba con más de medio cuerpo fuera, colgado de la ventana.

Su enemigo le presionaba brutalmente. La única ventaja que tenía Yoshivara era que el propio peso de Larsen le mantenía pegado al alféizar. Trató de aferrarse a él con todas sus fuerzas, para que si caían al abismo lo hicieran los dos.

Pero Larsen sabía luchar. De repente, se despegó de él.

Y sujetándolo sólo por los brazos, lo impulsó hacia delante, haciendo que el precario equilibrio del japonés se transformara en un equilibrio del todo imposible.

Fue entonces cuando ocurrió algo que al principio no pudo entender. Aquel disparo.

La bala se empotró en el marco de la ventana, a una centésima de pulgada tan sólo de la cabeza de Yoshivara.

No cabía duda de que el disparo iba destinado japonés, pero fue Larsen quien primero alzó la cabeza.

Vio al tirador al otro lado de la calle, en el tejado de la casa frontera. Empuñaba un rifle telescópico, y a aquella distancia parecía imposible que hubiese fallado. Sin duda estaba algo nervioso, pero era seguro que no tardaría en rectificar.

Larsen comprendió que allí iban a morir. Tenía que salir de la ventana antes de que aquel buitre disparase de nuevo.

Sus músculos pasaron a la acción. Dio un nuevo empujón a Yoshivara, que se debatía prácticamente en el vacío.

Se oyó un alarido largo y penetrante.

Yoshivara cayó al abismo. Larsen lo vio rodar en el aire como un muñeco roto. Pero el japonés hizo algo asombroso, algo que le acreditaba como un atleta completo. Incluso en aquellas trágicas circunstancias conservó la serenidad. Sus dedos buscaron las grandes letras de metal a la altura del quinto piso, es decir, dos más abajo de aquel desde el que se había desplomado.

Logró sujetarse a ellas.

Uno de sus brazos se rompió y todo su cuerpo retumbó contra la fachada. Pero logró salvar la vida e incluso en cierto modo apenas sintió dolor.

Larsen lo miró con asombro.

Nunca había visto una pirueta semejante. Había que descubrirse ante aquel tipo. Pero sus reflexiones no duraron demasiado. A veinte yardas tenía un enemigo con un rifle telescópico.

Seguro de que su cabeza ya estaba retratada en el visor. Un segundo más y... Se ladeó instantáneamente.

La bala penetró por la ventana, rozando su cabeza. Una levísima tardanza en moverse y se la habría perforado.

Corregir la puntería con un rifle telescópico es bastante difícil, porque cuando el blanco se escapa hay que buscarlo con el visor otra vez. Ese es uno de los argumentos de los que piensan que Oswald no pudo matar por sí solo al presidente Kennedy. Perder el blanco, volverlo a buscar y acertar de nuevo todo ello en segundos, es algo casi inconcebible.

Eso fue lo que le ocurrió al tirador. Tuvo que perder un tiempo precioso.

Ello permitió a Larsen sacar la cabeza y ver lo que se le ocurría a Yoshivara. Este estaba despegando de las grandes letras metálicas que anunciaban: Parking.

Como en casi todos los edificios de esta clase, la fachada estaba abierta en cada piso. Los coches no caían al exterior gracias a una baranda.

Yoshivara saltó por ella.

Todos los coches que había por allí tenían casi todos la llave puesta en el contacto. No había más que elegir.

Larsen adivinó eso. Y se retiró de la ventana mientras retumbaba un nuevo disparo.

La bala acababa de cuartear la pared que había al fondo. Larsen pensó que el dueño del apartamento tendría motivos para sentirse «feliz» al día siguiente. Se lo estaban triturando.

Salió a toda velocidad y descendió las escaleras de cuatro en cuatro. Un piso más abajo empezaba la rampa por la que podían descender los coches.

Era el sexto.

Yoshivara saldría por el quinto. Larsen pensó que tenía que moverse aprisa si quería atraparle aún. Eligió con la mirada un coche. No tenía tiempo para recoger el suyo, que estaba en la calle.

Un Mustang.

Subió a él y salió a la rampa como una exhalación. Un piso más abajo, se ponía a aullar en aquel momento un «Ferrari» de importación europea.

Los dos descendieron la rampa como bólidos, desafiando todas las reglas de la prudencia.

La pendiente era muy empinada. Había que bajarla en segunda, y ellos lo hicieron en cuarta y dando gas. Los motores rugían. Parecía como si los coches fueran a dar la vuelta de campana de un momento a otro.

Larsen lanzó una imprecación.

Yoshivara había elegido bien. El «Ferrari» le sacaría ventaja. Sólo podía confiar que el tráfico de Nueva York le impidiera obtener toda la potencia de aquel motor fabuloso.

Distanciados por unas cincuenta yardas, los dos bólidos salieron a la calle.

Aquel parking estaba como Gayelord House —aunque esto no lo sabía Larsen— en la parte alta del Bronx, donde el tráfico no era tan intenso. Esto permitió al Ferrari lanzarse y obtener una buena delantera.

Larsen lamentó no llevar su pistola en este momento, ya que se la había intervenido la policía.

Hubiera podido agujerear uno de los neumáticos e incluso a aquella velocidad diabólica, ya que tenía suficiente puntería para eso.

Pero no tenía más remedio que aguantarse hasta que llegaran a una luz roja. Vislumbró una a lo lejos.

El Ferrari la esquivó.

Estuvo a punto de chocar con un gigantesco camión de mudanzas, y tuvo que desviarse con un brusco chirrido de neumáticos. Luego, frenó. Un autobús se le echaba encima.

Con todo ello, y a pesar de que logró pasar al otro sin que sucediera nada, perdió unos segundos preciosos. La luz cambió a verde cuando llegaba Larsen, quien se pegó a las luces de stop de su

enemigo.

Éste zumbaba frenéticamente. Volvió a sacarle ventaja.

Daba la sensación de que Yoshivara huía sin rumbo, pero Larsen comprendió que no era así. Iba a algún sitio determinado, un sitio adonde le interesaba llegar cuanto antes.

¿Cuál?

CAPITULO X

La casa del holandés Krug era un auténtico museo. Acostumbrado a vivir en Indonesia, cuando muchas de aquellas islas eran colonias de su país, Krug trajo a Estados Unidos objetos labrados por los indígenas, extrañas joyas, cabezas humanas reducidas de tamaño y que habían llegado de las profundas selvas de Nueva Guinea, amuletos y collares, además de armas. Todo adornaba ahora su mansión, situada en un paraje solitario y tranquilo, en torno a un magnífico *field* de verde y jugosa hierba.

De las islas del Pacífico no sólo Krug se había llevado aquello. Se había traído también sirvientas, que renovaba con mucha frecuencia, devolviéndolas a su país y llamando a otras. Todas ellas eran muy jóvenes, y los servicios que prestaban a Krug resultaban muy variados.

Todo esto costaba mucho dinero, y, sin embargo, Krug no trabajaba. Además, su pequeña agencia de publicidad cerraba todos los años con déficit.

Salió al jardín y miró al cielo con expresión preocupada.

Estaba encapotado y amenazaba tormenta. La oscuridad empezaba a envolverlo todo.

A Krug no le gustaba aquella hora.

Desde sus lejanos tiempos de la selva, cuando el negocio que

más tarde le haría millonario aún no tenía razón de ser, la llegada de la noche le ponía nervioso.

Era como si mil peligros ocultos le acecharan, como si las cosas adquirieran un significado distinto.

Entró de nuevo en la lujosa casa.

Krug era de media edad, alto y ancho de espaldas, un enemigo todavía temible. La sirvienta, menuda y humilde, venida de Java, donde su familia se moría literalmente de hambre, se inclinó respetuosamente al verle.

Parecía una figurita de porcelana. Sus ojos rasgados parecían no atreverse a mirar a Krug. Los largos cabellos le caían sobre los hombros.

—Señor...

Krug la miró con complacencia.

— ¿Has logrado comunicar?

—No contestan, señor.

—Me temo que aún no estés familiarizada con esa especie de monstruo mecánico que es el teléfono —murmuró Krug—. Es imposible que a estas horas Bentam no esté en casa, y más sabiendo que teníamos que vernos hoy. No estás familiarizada con el teléfono y debes equivocarte de número. Pero imagino que estarás familiarizada con otras cosas.

La muchacha dijo en su defectuoso inglés:

—Estoy a sus órdenes, señor.

El bigote que conservaba desde sus años coloniales bailaba bajo la nariz muy abultada.

Fue a su despacho y cerró automáticamente todas las puertas que aislaban aquélla y las dos habitaciones contiguas. Ese era el «sancta sanctorum» de Krug. Allí despachaba sus negocios y no permitía que nadie entrara cuando tenía trabajo.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Bentam. Nada.

El teléfono sonaba y sonaba al otro lado, en una habitación

vacía. Krug arrugó el ceño.

¿Cómo era posible que Bentam no estuviese a aquellas horas?

A su memoria volvió un episodio inquietante. Volvió a la noticia de la muerte de

Arnold.

¿Qué había detrás de todo aquello? ¿Qué podía ocurrir?

Krug se sentó en un diván y encendió un cigarrillo, el cual fumó, dominando su impaciencia.

La oscuridad, mientras tanto, ya le había ido rodeando por completo. Encendió la cercana pantalla.

Una claridad dura y maciza le envolvió. Se sintió molesto.

Consumido el cigarrillo, que era el plazo que se había marcado, volvió a llamar. Y otra vez el silencio fue la única respuesta que obtuvo al otro lado.

Pasó a la habitación contigua. La pieza estaba a oscuras, y sólo la luz de uno de los faroles del jardín penetraba por la ventana.

Krug siempre tenía sobre una mesa central un magnífico juego de ajedrez cuyas piezas estaban talladas en marfil. Colocadas irreprochablemente como un elemento decorativo de primera clase.

Les dirigió una mirada distraída, mientras caminaba hacia el conmutador de la luz.

Y de pronto, se detuvo en seco. Algo había variado.

Allí, en el juego.

Al principio no supo lo que era, pero unos instantes después lo advirtió: el peón de la extrema derecha estaba adelantado. Era como si alguien hubiera empezado a jugar, haciendo su salida con aquella pieza.

Krug parpadeó.

¿Quién solía jugar siempre así? ¿Quién era especialista en aquellas salidas? Alguien que había hecho bastantes partidas con él. Alguien que...

De pronto, Krug sintió frío en la espalda, en la nuca. Sus labios apenas pudieron musitar el nombre:

—Laurence...

Sintió como si una pared crujiera levemente.

Alzó la cabeza, mirando hacia allí. Y escuchó como si viniera del otro mundo el chirrido de sus propios dientes.

Laurence estaba allí.

Estaba apoyado en una de las paredes, la que acababa de crujir. Tan rígido, tan hierático como una estatua de piedra.

La oscuridad apenas permitía perfilar su silueta, pero Krug le reconoció perfectamente. No en vano habían actuado juntos durante años. No en vano fueron amigos hasta que...

Bueno, aquello ya quedaba lejos.

—Laurence... —susurró.

El otro nada dijo. ¿Le miraba realmente? ¿O tal vez sus ojos no estaban posados en ninguna parte? ¿Quizá su mirada no era en verdad la de un hombre?

—Podríamos llegar a un acuerdo, Laurence —susurró—. Si tú hiciste lo de Arnold... Si tú has causado daño a Bentam..., conmigo será distinto. Soy un hombre razonable, un auténtico mercader, ya lo sabes. Exponme tus condiciones y verás cómo llegamos a un acuerdo.

Laurence no respondió nada. Continuaba siendo una estatua. Ahora Krug se intranquilizó de verdad.

Continuaba haciéndole estremecer aquella mirada que de ningún modo parecía humana.

— ¿Por qué no contestas? —farfulló—. ¿No me crees? Se acercó a él.

Y entonces vio de verdad sus ojos.

Entonces el horror le ahogó como si fuera un gigantesco garfio. Sus labios apenas llegaron a pronunciar el nombre.

—Lau...

El dolor le conmovió hasta lo más hondo. El hierro al rojo penetró hasta su corazón directamente.

Krug se retorció y sus manos espantosamente crispadas fueron hacia el muerto. No llegó a tocarlo.

Cayó de bruces, mientras por entre los labios escapaba un delgado hilo de sangre.

El Ferrari le había desorientado en un cruce, al norte de Bronx. Larsen no sabía si había ido a la derecha o a la izquierda.

No le quedaba más remedio que fiarse de su intuición. Volvió el volante hacia la izquierda.

A velocidad no muy elevada, para fijarse en todos los detalles, enfiló una larga recta. A derecha e izquierda había torres señoriales y al fondo unos campos que parecían vacíos.

Aquello no llevaba a ninguna parte; esa fue la impresión que obtuvo Larsen mientras conducía.

Pero era un buen sitio para desorientar a un perseguidor, y se dijo que el japonés, de todos modos, tal vez había ido por allí. Larsen siguió adelante.

No se equivocaba.

Yoshivara estaba apenas a quinientas yardas, pero no pensaba en él, en Larsen, al que creía haber desorientado ya. Sus inquietudes actuales estaban centradas en otro punto.

Yoshivara detuvo el coche ante la extensa zona de césped y la atravesó a la carrera.

El brazo herido le dolía horriblemente, pero supo dominarlo. Una terrible excitación se había apoderado de él y aquello le daba fuerzas. Necesitaba a toda costa hablar con alguien, alguien con quien quería llegar a un acuerdo.

Se acercó a la casa, más allá de la zona de césped.

El edificio estaba tan oscuro como en otras ocasiones. Krug vivía aun como si continuara en las selvas de Borneo. Apenas se ponía el sol, a la cama.

Pero quizá estuviera en su despacho. Yoshivara conocía bien aquellas habitaciones que se cerraban por medio de un resorte eléctrico.

Avanzó hasta la ventana.

La palpó con la mano que aún podía mover bien. Una de sus uñas pareció alargarse entonces.

Aquella uña estaba terminada con una punta de diamante, que podía avanzar o retroceder. Yoshivara trazó un círculo en el cristal con ella. Empujó luego y el disco roto cayó en el interior de la habitación.

El japonés introdujo el brazo.

A pesar de que la falleba era de seguridad pudo abrirla por dentro. Instantes después, entraba.

La oscuridad le envolvió.

No podía ver a dos pasos y se detuvo hasta que sus ojos se acostumbraron. Parpadeó y de pronto vio aquello. Se enfrentó a aquel mundo, a aquel silencioso horror.

El cadáver de Krug estaba en el suelo.

Sus manos crispadas parecían arañar el pavimento. Sus ojos abiertos denotaban un infinito horror.

Y estaba cosido a puñaladas. Igual que Clarkman. Igual que Arnold.

Yoshivara sintió que sus fuerzas fallaban. A pesar de toda su sangre fría, estuvo a punto de lanzar un grito.

Nadie se había enterado de nada en aquella casa, donde Krug era el único hombre, donde reinaba misteriosa y despóticamente como un sultán.

El japonés cerró los ojos un momento. Le dominaba el vértigo y necesitaba recuperarse.

Salió por la misma ventana, un momento después, y se dirigió al «Ferrari», que estaba más allá de la zona de césped.

La verdad era que casi no se acordaba del hombre que había estado a punto de matarle. Otras inquietudes lo obsesionaban ahora.

Salió, dispuesto a recorrer el camino en sentido inverso, y estuvo a punto de chocar con otro automóvil que venía lanzado.

¡El Mustang!

Los dos hombres se miraron unos instantes a través del parabrisas. Sus bocas lanzaron al unísono una doble maldición que ninguno de ellos llegó a escuchar.

Yoshivara había pasado a estar de nuevo en situación crítica. Pero contaba con la ventaja de que su coche ya estaba encarado hacia la salida de la calle mientras que Larsen no tenía más remedio que virar.

Dio gas a fondo.

Larsen intentó cortarle el paso aun a riesgo de un choque, pero el Ferrari era demasiado rápido y, además, estaba manejado con gran habilidad. Pasó a unas pulgadas de él y siguió hacia abajo, rasgando la oscuridad con sus luces largas y a una velocidad que se aproximaba a los ciento ochenta.

En un momento podía perderlo de vista.

Larsen giró velozmente, dio gas a fondo y se lanzó él también calle abajo. Con las luces largas intentó deslumbrar a su enemigo, buscando el cristal retrovisor. Pero era inútil, porque el Ferrari lo tenía sobre el *tablier*, donde las luces no pudieran reflejarse.

El Mustang aullaba.

Su motor respondía muy bien. Ahora Larsen logró mantener las distancias. Pese a que aquella hora había ya poco tránsito, las zonas

populosas del sur del

Bronx fueron un suplicio para los dos. Para Yoshivara porque las luces rojas le impedían despegarse, y para Larsen porque los otros vehículos le hacían perder de vista al Ferrari frecuentemente.

Atravesaron el río y entraron en Manhattan.

Riverside Drive permite buenas velocidades cuando está despejada. Los dos hombres dieron gas a fondo, pero ahora Yoshivara no podía despegarse. Las largas perspectivas de la avenida hacían que su perseguidor siempre le viese.

De todos modos, tenía un plan. No se puso nervioso. Bruscamente giró.

Resultaba casi un milagro el que no les hubiese perseguido un patrullero, y él estaba dispuesto a aprovechar aquella circunstancia, llevando la lucha a su terreno.

Penetró en el garaje de una casa de una sola planta. La puerta se cerró automáticamente.

Un ascensor funcionó entonces. El suelo del garaje se hundió poco a poco. Yoshivara respiró tranquilo. El descenso duró unos dos minutos.

Luego el japonés se encontró en un lugar que aparentemente era el más extraño del mundo. Y sin embargo, era un sitio que millones de neoyorquinos veían varias veces al día.

Larsen detuvo el Mustang.

Tenía la sensación de que a su enemigo se lo había tragado el aire, pero eso no podía ser. Debía haber girado a la derecha, entrando en una de aquellas casas.

Se apeó, necesitaba mirar mejor. Desde el coche no podía apreciar los detalles.

Y las huellas de los neumáticos le dieron la pista. Había numerosas marcas, pero las del Ferrari eran inconfundibles para él, que hubiera sido capaz de identificar a un coche de cualquier lugar del mundo sólo por el surco de una llanta.

Vio la puerta cerrada del garaje.

Aparentemente aquella casa no tenía ningún relieve, nada que llamara la atención.

Larsen pensó que corría peligro de perder el tiempo, pero necesitaba arriesgarse. Palpó la puerta del garaje y luego se inclinó

sobre el suelo. Aunque allí no había huellas de neumáticos, sin embargo se percibía levemente el olor de las llantas aún nuevas. El Ferrari había entrado por allí.

Palpó la cerradura. Era de las de tipo automático. Sin duda funcionaba mediante una célula fotoeléctrica al recibir la luz de los faros.

Subió de nuevo al Mustang y puso las luces largas. Al cabo de unos momentos, la puerta giró sobre su eje.

Larsen entró.

Una vez en el interior, la puerta volvió a cerrarse a su espalda. Notó entonces que el suelo cedía. Aquello era un ascensor.

Se mantuvo en silencio, expectante. La oscuridad era casi total. Unos minutos después notó que el suelo se inmovilizaba.

Había llegado abajo.

Pero, ¿dónde estaba? ¿Qué era aquello? Encendió los faros.

Y entonces vio algo incomprensible, y, sin embargo, muy normal. Algo que había visto centenares de veces, ¡Un ramal del ferrocarril subterráneo del metro!

Pero era un ramal muy extraño.

Estaba abandonado desde mucho tiempo atrás.

Los raíles estaban desajustados y a poca distancia, encajada en ellos se veía una vagoneta metálica de las empleadas en las obras.

Poco a poco, Larsen, dominada su sorpresa inicial —pues hubiera esperado cualquier cosa menos aquello—, fue comprendiendo.

No cabía duda de que se hallaba en un ramal en construcción del metro de Nueva York, ramal que luego debió ser abandonado quizá porque su proximidad al río originaba filtraciones difíciles de controlar. Como tantos y tantos subterráneos que hay en Nueva York y en todas las grandes ciudades, aquél debía haber quedado prácticamente en el olvido. Hasta que alguien edificó una casa en un punto clave, seguramente teniéndolo todo calculado, y abrió un pozo que llevase hasta el túnel, pozo que convirtió en un ascensor.

Pero, ¿dónde llevaba aquello? ¿Dónde terminaba el viejo ramal

del metro? Miró hacia delante.

No se distinguía ni rastro del Ferrari.

Claro que el túnel era ancho, y aunque el terreno fuera muy irregular, el vehículo podía haber avanzado por él hasta colocarse detrás de la vagoneta.

Larsen decidió seguir a pie.

Un leve temblor nervioso le dominaba ahora. Se daba cuenta de que había llegado al final del camino, de que estaba ya ante la puerta tras la cual se encerraba el enigma.

La bala le rozó una de las mejillas. Todo el cuerpo de Larsen sufrió una sacudida.

Se dejó caer a tierra, prácticamente entre las ruedas del coche, mientras el disparo se repetía. El fogonazo le indicó que trataban de acribillarle desde la furgoneta metálica.

Reptando bajo el coche, salió por la parte posterior.

Tenía un plan. Su enemigo no debía verle ahora, porque los faros estaban apagados. Y podía acercarse a él con ventaja.

Empujó por detrás el Mustang.

Las ruedas avanzaron por el suelo irregular. Un espeso olor a humedad lo envolvía todo. Las paredes viscosas rezumaban agua.

Desde la furgoneta partió un nuevo fogonazo. La bala atravesó el coche y pasó a muy poca distancia de Larsen. Este comprendió que su posición era muy peligrosa, pero decidió continuar porque así se echaría materialmente encima de su enemigo, sin que éste se diera cuenta.

La parte delantera del Mustang chocó, de pronto, contra la furgoneta metálica. Tampoco Larsen perdió un segundo ahora. Se encaramó ágilmente al techo.

¡Y desde allí saltó!

Estaba seguro de caer encima de su enemigo, sorprendiéndole. Y en efecto, abrazó a un hombre.

Le propinó un terrible golpe de karate. Pero aquel golpe no

produjo ninguna reacción en el bulto que tenía entre sus brazos.

Fue como si su mano se hundiera en una masa blanda, fofa.

Y de pronto, Larsen comprendió. Un rayo de luz se hizo en él. ¡Estaba abrazando a un muerto!

Aún no sabía Larsen que aquel cadáver era el de Clarkman. Lo único que sabía

—y ya resultaba bastante— era que su enemigo también había sido astuto, más astuto que él. A su trampa había contestado con otra trampa mejor.

Tenía que estar allí. ¡Yoshivara había de estar cerca! Una brusca sensación de muerte se adueñó de Larsen. Comprendió que estaba perdido.

Hizo lo único que podía hacer: cobijarse tras el muerto. Agazaparse materialmente bajo él.

Un segundo más hubiera sido demasiado tarde. Tres balas acribillaron la espalda del cadáver, que servía de escudo a Larsen.

Este hizo un violento esfuerzo y lo lanzó hacia delante, hacia el lugar donde había visto brillar los fogonazos.

Se oyó una imprecación.

Yoshivara acababa de recibir el golpe. Rodó abrazado al muerto. Larsen saltó sobre ambos, guiándose sólo por el sonido, ya que no veía absolutamente nada.

Encontró una cara bajo sus puños. Una cara que se movía, que gesticulaba. Larsen había sido un maestro en el karate y lo demostró ahora.

Dejó caer las dos manos sobre los pómulos de Yoshivara. Este debía haber perdido su arma, porque no se produjo ningún disparo. Todo el cuerpo del japonés se estremeció.

Larsen unió las dos manos ahora.

Sabía dónde estaba la nariz de su enemigo, aunque no podía verle. Justamente descargó el golpe debajo. Era el golpe mortal que tanto prodigaron los marines en Okinawa, durante las salvajes luchas cuerpo a cuerpo en aquella isla del infierno. Un golpe que conocían

muy bien los agentes de todos los servicios secretos del mundo.

No hubo bastante.

Yoshivara parecía de bronce. Logró arquear bruscamente el cuerpo y enviar por los aires a su enemigo.

Larsen chocó con la pared viscosa.

Oía resollar a Yoshivara, que sin duda se tambaleaba, incapaz de mantenerse en pie. Fue aquello lo que le sirvió para orientarse. Larsen tocó su cara.

Yoshivara le golpeó rápidamente dos veces en el estómago, pero sin fuerza. Su cabeza debía estar a punto de estallar. Larsen le dio un empujón, no para derribarle, sino para obligarlo a volverse.

Y entonces sí que golpeó.

Sus dos manos unidas encontraron la nuca del japonés. Este pareció rebrincar en el aire.

Fue como una puntilla.

Al tocarlo con el pie, Larsen se dio cuenta de que estaba muerto. Tenía mucha experiencia en este aspecto, sabía que no se confundía. Yoshivara ya pertenecía al pasado, un pasado del que Larsen hubiera preferido no acordarse jamás.

A tientas encontró un coche. Debía ser el Ferrari.

Abrió la portezuela y encendió las luces interiores. Eso le permitió saber en qué posición se hallaba el vehículo. Penetró en él, lo puso en marcha y maniobró de forma que los faros pudieran alumbrar el lugar donde se había desarrollado la pelea.

Los dos cadáveres aparecieron entonces claramente ante sus ojos. Reconoció el de Clarkman, porque un individuo fichado no sólo como presunto asesino, sino también como enlace para pequeñas misiones de espionaje. En cuanto a Yoshivara estaba trágicamente encogido sobre sí mismo. En sus ojos muy abiertos se leía un último, un desesperado terror a la muerte.

Larsen descansó unos instantes. Necesitaba pensar y no quería que sus nervios le jugaran una mala pasada.

Luego puso el Ferrari en marcha de nuevo y siguió por el túnel.

Las ruedas brincaban, pero el avance no era difícil. Miró el cuenta kilómetros y se dio cuenta de que había recorrido unas dos millas antes de llegar a un muro.

Ante él había dos anchas tiras metálicas sobre las que podía posar las ruedas del coche. Eran casi idénticas a las que empleaban en los talleres de engrase para elevar un vehículo.

Una vez estuvo sobre ellas, notó un crujido. El Ferrari empezaba a subir. Vio entonces que en el techo había un hueco, penetró por él. El movimiento de ascensión cesó.

Prácticamente los canales metálicos habían quedado al nivel del suelo de una nueva habitación. Con los faros pudo ver que se trataba de un garaje donde había una puerta que sin duda salía a otra calle. Entre las paredes reposaban dos coches.

Larsen comprendió.

Aquella casa no sólo tenía una entrada, sino otra situada a dos millas más allá.

¡Una entrada que prácticamente ignoraba todo el mundo!

La gama de posibilidades que aquello ofrecía era enorme. Cada vez se afincaba más en el pensamiento de Larsen que acababa de llegar al final, que estaba ante la puerta cerrada tras la cual palpitaba el mismísimo corazón del misterio.

Apagó los faros, descendió del coche y encendió las luces del garaje.

Miró los otros dos automóviles que estaban allí, especialmente sus ruedas. No podía estar seguro sin tener una fotografía delante, pero se hallaba casi convencido de que el dibujo de uno de aquellos neumáticos era el mismo que había visto marcado sobre el polvo en el garaje del apartamento de Arnold.

Abrió el departamento del *tablier* de uno de ellos y buscó la documentación. Estaba a nombre del doctor Finger.

Hizo lo mismo con el otro, y el resultado fue análogo.

Estaba, pues, según todos los síntomas en los laboratorios del doctor Finger, un lugar donde el extraño científico siempre había actuado solo, con la única ayuda de Yoshivara. Pese a ello, el

laboratorio era enorme y ocupaba los locales de una antigua fábrica. Seguramente Finger lo había instalado allí pensando en la futura expansión que debía creer sería fabulosa.

Larsen no llevaba armas, pero eso no era un inconveniente para él. Tanteó la puerta que debía dar a la calle y vio que estaba cerrada. Palpó luego la otra, la que conducía al interior del laboratorio.

Pudo abrirla con facilidad.

Vio ante él un largo y penumbroso pasillo, al fondo del cual brillaba una lucecita roja.

Avanzó pegado a las paredes, lentamente. Y de pronto, recordó algo.

Algo que en el momento de notarlo no le había llamado la atención, sin duda porque estaba ocupado en el examen de los documentos de los coches. ¡Pero uno de los motores estaba caliente!

¡Eso indicaba que muy poco antes alguien llegado a la casa, siguiendo seguramente el mismo camino que él!

Bajo la lucecita roja había una puerta. No estaba cerrada, y Larsen pasó.

Pudo ver el laboratorio.

Este era enorme, como había supuesto. Había aparatos eléctricos de toda clase, en especial para la medición de las partículas del átomo. Todo aquello valía una pequeña fortuna. También había un microscópico electrónico y otros sencillos, en cada uno de los cuales, sobre la platina, había una mezcla ya coloreada, como si sólo se tratara de obtener fotografías. Sin duda el doctor Finger estaba en plena actividad, por aquellos días.

Siguió avanzando.

Vio, en el fondo del laboratorio, lo que parecía ser el punto más importante de éste: una urna de un cristal especial, un cristal que le pareció cuarzo.

Numerosos hilos, parecidos a los de un encefalógrafo muy completo se desprendían de aquel lugar.

Larsen pensó que la urna debía haber contenido algo o alguien.

Pero ahora no.

¡Porque estaba vacía!

Larsen se detuvo unos momentos sin comprender.

El no sabía aún que era lo que estuvo encerrado allí. Pero de todos modos, y de una forma instintiva, le extrañaba que un sitio así estuviera vacío, como si no sirviese para nada.

Se acercó a la gran caja de cristal de roca parecida a un ataúd transparente.

Al poner la mano sobre ella, tuvo que retirarla. La temperatura en el interior era atrozmente fría, y eso se transmitía a la parte externa del cristal. Aquel frío estaba destinado... ¿para qué?

Sus pensamientos se interrumpieron de repente. Dio un salto de costado. Acababa de oír pasos a su espalda. Alguien entraba en el laboratorio, acercándose allí.

Por fortuna, no era difícil ocultarse en un lugar como aquel. Los pasos se hicieron más firmes y claros.

Larsen, casi pegado al suelo, no podía ver al que se acercaba. Pero de pronto oyó algo. Un grito.

Un grito de horror, de asombro, de agonía.

El encontrar el ataúd vacío, había dejado atónito al que acababa de entrar. Se oía el castañear de sus dientes. Larsen tuvo curiosidad por saber quién era y alzó un poco la cabeza.

Vio al doctor Finger.

Finger que miraba con ojos desencajados el ataúd de cuarzo.

Sólo se oyó entonces el ronquido de su respiración entrecortada, casi jadeante. Hasta que, de repente, aquel silencio tan especial fue roto.

Fue roto por el sonido de una puerta al abrirse lentamente.

CAPITULO XI

Larsen lo veía todo con claridad, como en una película que se desarrollaba ante sus ojos. Y sin embargo, nunca estuvo tan seguro como en aquellos momentos de que lo que veía no existía en la realidad, de que estaba sufriendo una pesadilla.

Vio entrar al muerto.

Era evidente que se trataba de un muerto, y bastaba mirarle unos instantes para convencerse de ello. No andaba, porque a pesar de todo lo que ocurra en las pesadillas, los muertos no se desplazan por sí solos. Se deslizaba por el suelo, patinando sobre el más extraño y al mismo tiempo sencillo aparato que Larsen había visto nunca.

Consistía en una pequeña plataforma metálica dotada de cuatro silenciosas ruedas que giraban suavemente. En la plataforma hubiera podido sentarse, muy a ras de suelo, una persona normal, de manera que sus piernas resbalaran en parte por el pavimento.

El muerto estaba sentado allí.

¿Cómo no caía?

Larsen lo comprendió en seguida. De la pequeña plataforma partía una barra metálica vertical, en la que la persona sentada podía apoyar la espalda. Pero como un cadáver cae a los lados, la barra evitaba esto pasando por debajo de su americana, cuidadosamente

abrochada con los tres botones.

Al propio tiempo, aquella barra vertical servía para empujar el insólito carruaje. Alguien lo había impulsado ahora desde la puerta.

El cuerpo de Laurence Roy atravesó parte del laboratorio.

Se detuvo a los pies del doctor Finger, quien lo miraba todo con ojos desencajados, con manos temblorosas, a punto de lanzar un auténtico alarido.

Y aquel alarido brotó al fin.

Pero no se produjo por la presencia del muerto, sino por la de la persona que lo había traído hasta allí.

Una persona que acababa de aparecer ahora en el umbral y a la que Finger miraba con las facciones desencajadas.

¡Stella Finney!

CAPITULO XII

Stella tenía un pequeño revólver en la mano derecha. Sus facciones no se habían alterado en absoluto, como si aquella situación fuese para ella completamente normal.

Con voz pausada, preguntó:

— ¿Sorprendido, Finger?

Finger tenía las facciones desencajadas y los ojos dilatados por una especie de secreto horror. Se notaba que no entendía aquello, que era incapaz de hablar.

— ¿Por qué? —logró balbucir al fin—. ¿Por qué?

—Es muy sencillo. Tú sabes que Laurence Roy hacía frecuentes viajes a

Alemania y a Japón. No era solamente un profesor universitario especializado en física.

—Sí que lo sabía, pero...

—Pero no entiendes para qué, ¿verdad? Yo te lo diré claramente: para hacer espionaje industrial, una de las actividades más lucrativas de nuestro tiempo.

Movió un poco el revólver, y ante el asombro de Finger, continuó con voz tranquila:

—El espía que descubre secretos militares gana dinero, pero se expone a la muerte. El que descubre secretos industriales gana casi lo mismo y lo más que arriesga es una pena de cárcel. Cuando un fabricante de coches o de aviones prepara un nuevo motor, su secreto vale centenares de millones. Todo depende de lanzarlo antes que sus competidores, de ganar el mercado con aquella novedad que los demás no tienen. Las inversiones que hace para eso, el dinero que gasta es algo fabuloso. Pero un ingeniero, que además sea un hábil fotógrafo, puede vender los planos a un competidor, ganando una fortuna. Hay quien se dedica profesionalmente a eso, especialmente en Alemania y Japón que son dos de los países más industrializados del mundo. Laurence era uno de esos científicos que, además, son hábiles fotógrafos. Lo único que le faltaba era ser un buen comerciante.

Las facciones de Finger continuaban desencajadas.

Sus ojos bailaban dentro de las órbitas. Era evidente que aún no conseguía entender aquello.

Con voz que era apenas un soplo, balbució:

—Pero tú, Stella... ¿Qué tienes que ver con eso?

—Yo tenía que ser rica junto a él. Conocía sus actividades al dedillo y participaba en ellas.

— ¿Por qué razón?

—Necesito dinero. Mucho dinero.

—Eso ya lo sé, pero... Creí que trabajabas junto a mí precisamente por eso.

—Sólo en apariencia.

— ¿En apariencia?

Finger estaba completamente destrozado. Le costaba trabajo incluso hablar. En cambio, Stella aparecía a cada momento más serena, más segura de sí misma.

El revólver no temblaba ni una milésima de pulgada en su mano derecha.

—Si Laurence hubiera sido un buen comerciante, nunca hubiera acudido a ti — dijo ella, fríamente—. Él solucionaba mis problemas de bailarina que dentro de poco no podrá trabajar, que camina a pasos agigantados hacia el desastre. Pero se dejó engañar tontamente. Sus propios cómplices le hundieron y se quedaron con el producto de su trabajo. Varios millones que Laurence ya tenía materialmente en las manos escaparon de éstas sin que ni siquiera hubiera llegado a rozarlos.

Finger necesitó apoyarse en una de las mesas, muy cerca de donde estaba

Larsen.

Sus facciones estaban bañadas en sudor.

—Sigue —logró decir con voz ronca.

—Pedí a Laurence que se vengara de ellos, que hiciese algo, pero él era incapaz

—Dijo Stella—. Le faltaba ese instinto de la rapiña sin el cual no se va lejos en materia de dinero. Pensó que ya le llegaría la ocasión de resarcirse, pero no hizo nada.

— ¿Y eso te obligó a cambiar de planes a ti?

—Eso me hizo asociarme contigo.

—Pero, ¿por qué? ¿Sólo para participar en los beneficios de mi experimento?

—Los beneficios de tu experimento —dijo ella, con voz ronca y burlona—. Pero, ¿es que crees en él? ¿Tan ingenuo eres, Finger?

El médico la miraba con ojos desenchajados.

Respiraba agitadamente, como si su corazón estuviera a punto de fallar.

— ¡Tú lo has hecho fallar todo! —gritó—. ¡Tú! ¡Pero la experiencia era un éxito, un éxito completo! ¡El encefalógrafo señalaba reacciones en el cerebro de ese hombre!

—Te equivocas. Yo misma movía la aguja, cada vez que lo metía en esa maldita urna después de matar a uno de los socios de Laurence.

— ¡Mientes! —Finger estaba fuera de sí—. ¡Mientes, zorra! ¡La aguja estaba marcando continuamente día y noche!

—Si hubieras sido más observador y menos vanidoso —dijo ella, cruelmente—, quizá te habrías dado cuenta de que yo había incorporado al mecanismo una pequeña batería. De ella venían las pequeñas descargas eléctricas que a ti te han hecho creer que eres un genio. Pero todo ha fallado. No eres más que un iluso, Finger. Un pobre condenado tonto...

Él dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

Parecía completamente derrumbado, parecía hundido.

Durante unos momentos, la única señal en él fue el movimiento de sus labios, que temblaban espasmódicamente.

—No es posible —balbució al fin, haciendo un terrible esfuerzo—. No puede ser verdad.

—Claro que es verdad, pequeño imbécil. Yo lo preparé todo.

—Pero, ¿por qué?

—Necesitaba contar con tu colaboración hasta que todo terminase. Yo tenía la seguridad de poder matar a los tres socios de Laurence, pero por si algo fallara no quería que me viesen a mí sino al muerto. Eso orientaba en un sentido completamente distinto las investigaciones que pudieran realizarse. Era para mí como un seguro, como una garantía de que nunca sería atrapada.

Haciendo aún más intensa la presión de su mano sobre el revólver, continuó:

—Además..., ¡era tan agradable que aquellos tres granujas vieran a Laurence!

¡Que se encontraran con el hombre a quien habían engañado, que tuvieran su imagen clavada en los ojos en el momento de morir!

Finger seguía mirándola como un alucinado.

Era incapaz de reaccionar. Se le veía destrozado, al borde de su resistencia nerviosa. Parecía un guiñapo.

Y Stella continuó, con voz lenta:

—Matar a aquellos tres granujas no resultaba difícil. Uno de ellos vivía solo en un apartamento en cuyo garaje cualquiera podía penetrar porque el portero no veía, desde su puesto, al que le pedía la entrada. El resto podía hacerse con una llave falsa. Yo sacaba el cuerpo de Laurence empleando el sistema que acabas de ver —señaló el extraño carrito—, y luego seguía con él por el túnel, hasta salir a Riverside Drive. Naturalmente en mi propio coche, dentro de cuyo equipaje iba el cadáver. Ni una sola operación tenía que hacerse en presencia de testigos o de mirones. En un caso porque el coche pudo penetrar en el mismo garaje y en los otros porque se trataba de fincas aisladas y actué de noche. Por cierto en una ocasión tuve que emplear micrófonos ocultos que me permitieran oír, desde fuera, lo que se hablaba en Gayelord House. Así pude actuar en el momento oportuno. Y hoy mi trabajo ha terminado del todo, Finger. Poseo fotos traídas de Japón y que valen una auténtica fortuna. Ya no te necesito ni tampoco necesito el cuerpo de Laurence. En cierto modo, le he vengado. No se quejará de mí.

Su voz seguía siendo lenta y tranquila, de mujer que se siente segura de sí misma. Su sonrisa seguía siendo burlona, como si hablara con un imbécil antes de acabar con él.

Finger tuvo que hacer un gran esfuerzo para balbucir:

— ¿Qué piensas hacer ahora?

—Tú ya no me sirves, Finger.

— ¿Qué tratas de decir?

Ella dijo con gesto despectivo:

—Sólo una cosa: Adiós, Finger. Y fue a apretar el gatillo.

Larsen comprendió que aquel era el momento de intervenir. Ya sabía bastante y hacía oído suficiente. Fue a saltar, saliendo de su escondite, pero en aquel momento

Finger actuó.

Lo hizo rabiosamente, con desesperación, como un tigre acorralado que salta de repente sobre los que van a cazarle.

En ese momento, Stella, sin haber adivinado lo que iba a suceder, continuaba diciendo aún:

—En Gayelord House asusté mucho a aquella pobre muchacha, a Gloria. Desde detrás del diván moví en la oscuridad la cabeza del muerto, haciéndola girar... ¡Ah! Y proyecté una linterna de color en sus ojos para despistar a Clarkman, antes de llevarme el cadáver de aquí.

De repente, vio saltar a Finger.

Pese a lo violento del gesto, pese a lo desprevenida que estaba Stella en aquel momento, pudo hacer a tiempo el único gesto que necesitaba: apretar el gatillo.

Finger lanzó un grito de dolor al recibir la bala en el pecho, pero no por eso detuvo su salto. Guiado ya solamente por la fuerza de la inercia, cayó sobre Stella Finney y rodaron por el suelo los dos.

No por mucho tiempo.

Se pusieron en pie con una rapidez increíble antes de que Larsen pudiera saltar sobre ambas figuras enlazadas.

Volvieron a desplomarse, pero ahora ya no estaban en el mismo sitio.

Ahora se hallaban junto a la mesa que sostenía los grandes electrodos, de los que se desprendía una chispa silenciosa, una chispa que era, por el momento, uno de los grandes secretos de Finger.

Uno de los electrodos cedió. La descarga eléctrica se desvió de su camino normal.

Larsen lanzó un grito:

— ¡Cuidado!

Seguramente no le oyeron, pero aun en el caso de haberlo oído, las cosas habrían continuado igual. Porque Finger, sintiendo que estaba herido de muerte, no ambicionaba más que acabar con Stella, y Stella únicamente quería librarse de aquella especie de loco rabioso, de aquel pulpo humano del que no se desprendía y que trataba de ahogarla con todas sus fuerzas.

La chispa eléctrica fue a una de las estanterías. Hizo estallar varias retortas. Larsen estaba lívido.

Se daba cuenta de lo que iba a suceder. Había retortas muy

cerca, las cuales contenían líquidos inflamables. En cuestión de segundos, podía producirse una catástrofe.

¡Y él no sabía de qué modo podía evitarla!

Pero se lanzó hacia delante. Trató de apartar con todas sus fuerzas la estantería más peligrosa, y sobre la que se extendía ya un reguero de llamas.

A su memoria volvió un hecho semejante, volvió el recuerdo de lo que hizo pocos años antes, cuando le expulsaron del CIA.

Salvó a un hombre de un incendio. Salvó a un amigo que tenía que perecer entre las llamas, porque así se salvarían otros agentes. Incumplió severas órdenes y eso le costó una carrera que pudo haber sido brillante. Pero nunca le importó. Nunca lamentó que aquel amigo siguiese viviendo.

Ahora no quería para aquellos dos seres, por muy repulsivos que fuesen, la horrible muerte que les esperaba.

Desvió la estantería media yarda... Una yarda entera.

Pero las llamas ya estaban materialmente encima... Nada podía hacer. Lanzó un gemido al sentir que las llamas empezaban a abrasarle, y saltó hacia atrás.

Comprendió que la explosión iba a producirse de un momento a otro. Voló materialmente hacia la puerta, logrando que su cuerpo surcara el aire como una flecha.

Fue eso lo que le salvó. Sólo sus músculos privilegiados le permitieron conservar la vida. Rodó escaleras abajo, hacia el túnel, mientras una explosión horrorosa destruía las paredes. Y hacía saltar en pedazos todo lo que había entre ellas.

Cuando Larsen se encontró en el túnel, rodeado de oscuridad, aun no podía creerlo.

La cabeza todavía le zumbaba. Aún le parecía oír el crepitar de las llamas, ver el avance implacable del fuego.

Pero todo había terminado.

¿Todo? ¿O quizá aquello no era más que el principio? ¿Tal vez el doctor Finger tuvo razón? ¿Quizá nuestro mundo se llenará un día

de muertos que aún pueden pensar?

Inquietante problema al que tal vez nuestra generación ya tenga que enfrentarse. Al fin, Larsen se llevó una mano a la frente.

Quería no pensar, olvidarlo todo, dejar que su cerebro se hundiera en una especie de bruma...

Decidió regresar a la redacción de la revista *Today*. Allí le esperaba una mujercita que significaba mucho, muchísimo para él.

Mientras avanzaba por el túnel, pensó que quizá al día siguiente los periódicos hablarían, en sus columnas de sucesos, de un incendio sin demasiada importancia.

F I N